

5611

Administracion lirico-dramática

---

HONOR

SIN HONRA

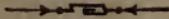
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

Representado por primera vez

en el teatro de Apolo el día 3 de Febrero de 1879



MADRID  
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL  
1879



HONOR SIN HONRA



HONOR

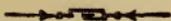
SIN HONRA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

Representado por primera vez  
en el teatro de Apolo el día 3 de Febrero de 1879



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE G. ESTRADA  
Dr. Fourquet, 7  
1879

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA DOLORES. . . . .	SRA. MARIN.
LA MARQUESA DE VIVAR. .	STA. CONTRERAS.
FERNANDO. . . . .	SR. VICO (A.).
EL CONDE DE VALLE FRIO.	SR. VICO (M.).
EL MARQUÉS VIUDO.. . . .	SR. ALTARRIBA.
JUAN. . . . .	SR. SANCHEZ DE LEON.
DON LEON. . . . .	SR. ALISEDO.
EL DUQUE. . . . .	SR. LUNA.
EL VIZCONDE. . . . .	SR. OLIVA.
TOMÁS. . . . .	SR. GONZALEZ.
EDUARDO. . . . .	SR. FLEURIOT.
PEDRO. . . . .	SR. SERRANO.
UN CRIADO DEL MARQUÉS.	N. N.

~~~~~

### La accion en Madrid y en nuestros dias.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de D. EDUARDO HIDALGO son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON GUILLERMO MARTORELL

JEFE SUPERIOR DE ADMINISTRACION CIVIL, ETC., ETC.

QUERIDÍSIMO GUILLERMO :

Ruego á V. que acepte la dedicatoria de esta obra, como leve prueba del fraternal cariño que le profesa su mejor amigo

AGUSTIN FERNANDO.



AL EMINENTE ACTOR

## DON ANTONIO VICO

Mi queridísimo amigo: Faltaria á un deber de justicia si no diera á V. público y solemne testimonio de gratitud por la manera magistral como ha interpretado el papel de protagonista de esta obra.

Á V., perfecta y cumplidamente secundado por sus dignísimos compañeros, se debe el éxito alcanzado, y á todos da las más afectuosas y expresivas gracias

EL AUTOR.



---

---

# ACTO PRIMERO

---

El estudio de un pintor: en primer término, sobre un caballete, el boceto de una mujer que debe representar á la que hace la dama jóven. Puerta al foro y tres laterales, una á la izquierda y dos á la derecha.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA DOLORES Y DON LEON.

DOLORES. El recuerdo de aquel día  
siempre está latente y fijo,  
y siempre sus juramentos  
resuenan en mis oídos.  
Hoy hace años...

LEON. ¡Dolores!

DOLORES. Sí; hoy hace veinticinco:  
tú ausente, muerta la madre,  
yo huérfana y sola, vino  
á robarme honor y calma  
con sus amores mentidos.

LEON. ¡Calla!

DOLORES. (Evocando recuerdos.)

La noche era horrible!  
gemía el cierzo en los vidrios  
de mi ventana, y un hombre  
llegó demandando asilo.  
¿Cómo negarlo? la nieve  
interceptaba el camino,  
la oscuridad era densa  
y era insoportable el frío.

A más, yo no estaba sola;  
cedí á los ruegos, abrimos  
la puerta, y entró en la casa  
para mi eterno martirio.  
Marchóse al rayar el dia;  
volvió otras veces... nos vimos,  
y fingió que me adoraba,  
y yo le amé con delirio,  
de aquel amor en los brazos  
dándolo todo al olvido.  
Al fin le dije una tarde:  
soy madre; y él al oirlo,  
estrechóme entre sus brazos  
y despues quedó sombrío.  
Le reclamé su promesa,  
juró cumplir lo ofrecido  
y marchóse, y desde entónces...  
¡desde entónces, no le he visto!  
¡Y aquella quinta elevada  
á las orillas del rio,  
aquella, solaz y encanto  
de nuestros años de niños,  
fué de mi triste abandono  
y de mi oprobio testigo!  
¡Infame! ¡en vano he buscado...  
Para aumentar su delito  
fingió un nombre...  
¡Miserable!  
¡Y despues de haber sufrido  
tanto, nuevas amargas  
se ciernen sobre mi hijo!  
¡Bah! Por eso no te apures;  
Fernando no es ningun niño,  
y de amor nadie se muere.  
Aquí lo grave, lo crítico,  
es que todo lo abandona...  
Y pues... con el sueldo mio  
no se realizan milagros:  
¡si yo fuera un hombre rico...!  
mas con doce mil reales  
y el descuento consabido..!

LEON.  
DOLORES.

LEON.  
DOLORES.

LEON.

- DOLORRES. Bien, hombre, bien.
- LEON. Mira, hermana,  
es necesario, es preciso,  
que trabajen los pinceles,  
y si no estamos perdidos.  
Ame cuanto le dé gana:  
eso no puedes prohibirlo;  
pero que pinte y que gane...  
verás como se lo digo...
- DOLORRES. No: tú no le dirás nada.
- LEON. Pero... es que...
- DOLORRES. Yo te lo exijo.
- LEON. Siempre el amor de las madres  
es ciego é irreflexivo.  
¡A no ser que te imagines  
que obro así por egoísmo?
- DOLORRES. No, Leon... yo te agradezco  
los enormes sacrificios...
- LEON. Mira, volvamos la hoja,  
que eso es poco divertido,  
y déjame á mí, que solo  
me compondré con tu hijo.  
Él empieza su carrera  
bajo brillantes auspicios;  
para hallar honra y provecho  
tiene trazado el camino,  
y su conducta presente,  
más que abandono, es delito.  
Prescindo de tus apuros,  
de tu pobreza prescindo,  
y solamente en su gloria  
y en su porvenir me fijo.
- DOLORRES. Sufre tanto, que...
- LEON. El trabajo  
presta á las penas alivio.  
Además ¡qué sufrimientos...  
Señor! ¡Unos amoríos  
estravagantes y locos!
- DOLORRES. Tienes razon: ¡tú lo has dicho!
- LEON. Mujer, yo no he dicho nada.  
Ya me teneis aburrido

los dos con esos semblantes  
tan téticos y sombríos.

¿Qué hay aquí, que yo no entiendo?

¿Quién es la que le ha sorbido  
el seso? Voy á buscarla,  
y los caso, y al avío.

DOLORRES. ¡Casarles! ¡Es imposible!

LEON. ¡Imposible!... ¡no adivino!...

¿Pero quién es?

DOLORRES. (Señalando al retrato.) ¡Esa!

LEON. ¿Esa?

Pues como esté parecido,  
le alabo el gusto... Es muy guapa:

Mas este es el retratito  
que está haciendo y deshaciendo  
hace seis meses cumplidos.

Pero mujer, ¿por qué lloras?

¡Voy á perder el juicio!...

DOLORRES. Leon, Fernando la idolatra  
y les separa un abismo.

LEON. ¿Por qué?

DOLORRES. ¿Por qué... me preguntas?

LEON. ¡Ah!

DOLORRES. ¿Comprendes mi suplicio?

LEON. ¿Qué demonio! Otros se casan  
sin...

DOLORRES. Pues el pobre hijo mio  
no logrará lo que ansía.

LEON. ¿Por qué?

DOLORRES. Porque ha dirigido  
muy alto sus pensamientos.

LEON. ¿Pero sacaré yo en limpio  
quién es?... Con llorar, Dolores...

DOLORRES. ¡Chist! calla: oigo ruido...

Es él, me voy: que no vea  
mis ojos enrojados.

(Váse foro izquierda.)

ESCENA II.

FERNANDO *por el foro*: DON LEON.

FERNANDO. Buenos dias.

LEON.

Buenos dias.

¡Qué madrugador andamos!  
Esta mañana á las siete  
entró tu madre en tu cuarto,  
y ya no estabas. ¡Meditas  
el asunto de algun cuadro,  
y pides al sol naciente...  
inspiracion?

FERNANDO.

Sí. (Con aire distraido.)

LEON.

¡Canario!

La verdad es que hace falta  
reánudar el trabajo.  
Un artista que principia  
del modo que has principiado,  
no se duerme en sus laureles  
si es que pretende ser algo;  
y de algun tiempo á esta parte  
no haces más que ese retrato.

FERNANDO.

¡Ah!

LEON.

Que áun cuando vale mucho,  
no es trabajar demasiado.

FERNANDO.

Tiene V. razon sobrada.

LEON.

¡Pues no he de tenerla!... vamos...!  
á recoger los pinceles  
que viven abandonados,  
y á buscar nuevas coronas.  
Siempre los primeros pasos  
cuestan mucho, lo conozco,  
pero tú ya los has dado,  
y á tus ojos el camino  
se muestra expedito y llano.  
No hay que pensar en tontunas;  
no te devanes los cascos  
más que por lo conveniente,  
y si pretendes muy alto

llegar, piensa que tan sólo  
puede elevarte el trabajo.  
Además, en esta casa,  
con lo poco que yo gano...  
y luégo tu pobre madre,  
viéndote tan cabizbajo,  
se teme que estés enfermo  
ó que estés enamorado.

FERNANDO. ¡Yo!.. (Con fingida sorpresa.)

LEON. Ya sé que ve visiones;  
pero lo cierto del caso  
es que cualquiera diria  
viéndote, pues, tan cambiado,  
que sufres mucho... y la pobre,  
como que te quiere tanto...  
Pero... las doce y minutos,  
y yo charlando, y charlando.  
Vaya, voy á la oficina,  
que hoy tenemos para rato;  
y tú á coger los pinceles,  
á trabajar sin descanso  
por tu gloria, y por tu madre.  
(Es cierto: ¡Pobre muchacho!  
Ama, y ama un imposible!...  
¡Dios nos tenga de su mano!)

### ESCENA III.

FERNANDO y JUAN *por el foro.*

FERNANDO. Tiene sobrada razon.

Yo ya de nada me cuido;  
todo lo dejo y olvido  
por esta loca pasion.

(Se queda contemplando el boceto con aire de  
tristeza.)

JUAN. ¡Eh! chico, ¿en qué estás pensando?

FERNANDO. ¡Juan!

JUAN. ¿En lo de siempre?

FERNANDO. (Con amargura.) Sí.

JUAN. Tengo lástima de tí,

porque tú te estás matando.  
Paras en loco, de fijo,  
y aún esto será muy poco,  
si ántes de llegar á loco,  
no llegas á ser mal hijo.

FERNANDO. ¡Juan!

JUAN. Esto ya es demasiado,  
con que así...

FERNANDO. Déjame hacer.

JUAN. Es que por esa mujer  
á tu madre has olvidado.

FERNANDO. ¡A mi madre!... No.

JUAN. Sí tal:  
con tu pasion desgraciada  
há seis meses no haces nada,  
y no ganas un real.

FERNANDO. ¡Tienes sobrada razon!

JUAN. Si arguyo, por algo arguyo:  
responde: ¡qué cuadro tuyo  
figura en la Exposicion?  
¡Qué haces un mes, y otro mes?  
Nada: pasar malos ratos  
diseñando esos retratos  
para romperlos despues;  
ir por la tarde al Retiro  
á ver á tu niña en coche,  
y luégo pasar la noche  
entre suspiro y suspiro;  
ó bien en una reunion,  
en vez de hacer por hablarla,  
contemplarla, y comtemplarla,  
con aire bobalicon.

Así no puedes seguir.

Hay que pintar, ¡qué demonio

No tienes más patrimonio,

ni tienes más porvenir.

FERNANDO. ¡Si tu corazon amara!...

JUAN. No ha de ser tuya jamás.

FERNANDO. Por eso la quiero más.

JUAN. Vaya una lógica rara.

Chico, busca otros amores,

y esa mujer da al olvido :  
las marquesas no han nacido  
para moler los colores.

FERNANDO. Ya sé que tan loco amor,  
que tan ciego frenesí  
sólo guarda para mí  
llanto, vergüenza y dolor ;  
pero aunque olvidarla quiero,  
nunca lo puedo alcanzar :  
¡ella me ha enseñado á amar ;  
ella es mi amor primero!  
Pero este amor no pretende  
elevarse hasta su altura :  
ya sé que es una locura  
que la afrenta, que la ofende,  
y no pienso alzar el vuelo  
y á los cielos remontarme :  
¡yo nací para arrastrarme  
como un reptil por el suelo!  
Hay que callar y sufrir,  
viviendo desesperado,  
y sin poder ser amado,  
loco de amores morir.  
¡Espantosa situacion!

JUAN. ¡Ay! ¡Juan! ¡Morirme quisiera!  
¿Y de tu madre, qué fuera?

FERNANDO. ¡Madre de mi corazon!

JUAN. ¡Eh! vamos... hay que cambiar  
de vida.

FERNANDO. Sí, sí, lo haré.

JUAN. ¡Valor!...

FERNANDO. Y... trabajaré:

Es preciso trabajar.

JUAN. ¡Un pintor de tu valía!

¡Un hombre de tu talento!...

FERNANDO. Debo ganar el sustento  
de la pobre madre mia.

JUAN. ¿Con que estás resuelto?

FERNANDO. Sí.

JUAN. Pues bien ; para comenzar  
dignamente, hay que rasgar

ese lienzo que está ahí.

FERNANDO. ¡Su retrato?

JUAN. Es tu mayor  
enemigo.

FERNANDO. Juan, ¡detente!  
Deja que en la lid me aliente  
esa reliquia de amor.

JUAN. ¡Que te aliente? ¡Voto á san!  
¡Cuando por él has llegado!...  
no paga ni con quemado,  
si es fuerza que muera.

(Va á romper el cuadro y Fernando le detiene

FERNANDO. ¡Juan!

#### ESCENA IV.

DICHOS: UN CRIADO.

CRIADO. ¡Señorito! Unos señores  
quieren ver á V.

JUAN. ¡Canario!  
Permita el cielo que vengan  
á encargar algunos cuadros.  
Dí que pasen al momento.  
(Vase el criado).

Oye, chico, pide caro:  
no prostituyas el arte.

#### ESCENA V.

DICHOS: ANA, EL MARQUÉS Y EL CONDE.

Aparecen primero Ana. luégo el Conde y despues el  
Marqués: sólo los dos primeros ven el boceto.

FERNANDO. (¡Cielos!)

JUAN. (¡Ella!)

ANA. (¡Mi retrato!)

CONDE. (¡Esa pintura! ¡Qué es esto?)

JUAN. (Pues señor, malo, muy malo.)  
(Volviendo el cuadro en el caballete.)

MARQUÉS. ¡Don Fernando de Cifuentes?

FERNANDO. Servidor.

CONDE. (Está temblando  
y ellatambien... ¡Qué sucede?  
es preciso averiguarlo.)

JUAN. (Ten serenidad y aplomo,  
porque te están observando.)

MARQUÉS. Señor Cifuentes, venimos  
á hacer á V. un encargo.  
El retrato de mi hija.

FERNANDO. (¡Gran Dios!)

MARQUÉS. Hemos visto varios  
hechos por usted, que gozan  
justa fama... y deseamos  
que si usted puede...

JUAN. (Renuncia.)

FERNANDO. Yo, señores, nada valgo...

(Vacila en aceptar, pero la mirada de Ana le  
decide.)

Mas ya que esta señorita  
me concede honor tan alto,  
procuraré complacerla  
y hacer cuanto esté en mi mano.

ANA. Muchas gracias.

(Con mal disimulada alegría.)

CONDE. (No comprendo.)

JUAN. (Esto se va complicando.)

MARQUÉS. ¿Pódrá usted venir á casa?

FERNANDO. Sí señor. (Con precipitacion.)

MARQUÉS. ¿Y le esperamos?

FERNANDO. Por la mañana, si gustan.

MARQUÉS. Muy bien.

CONDE. (Con ironía.) ¿Hay poco trabajo?

FERNANDO. Sí señor ; pero aunque hubiera  
con exceso...

CONDE. Siempre es grato  
retratar á una hermosura :  
¿no es exacto?

FERNANDO. (Notando la ironía del conde.)

Muy exacto.

CONDE. ¿Es muy bonito el estudio!

Tiene usted muy lindos cuadros.

- MARQUÉS. Cifuentes, el señor conde es un buen aficionado...
- FERNANDO. Lo celebro.
- CONDE. Muchas gracias.
- ANA. (Con cierto sobresalto al notar el giro que va tomando la conversacion.)  
Papá... tal vez estorbamos...
- FERNANDO. ¡Estorbar!...
- JUAN. ¡Chist!
- CONDE. Un momento.  
¿Hay algun lienzo acabado que esté de venta?
- FERNANDO. Ninguno.
- CONDE. Lo lamento... (Con ironía é intencion.)  
Y ese cuadro es algun paisaje?  
(Señalando al boceto.)
- ANA. ¡Cielos!
- FERNANDO. ¡Dios mio!
- JUAN. ¡Ola! Ya caigo.  
(Se coloca detras del cuadro y disimuladamente emborriona el rostro para que desaparezca el parecido.)
- CONDE. ¿Permite V. que le vea?  
¿Es posible examinarlo?  
Vaya, aproxímense ustedes.  
¿Y es copia, ó está tomado del natural?
- FERNANDO. (Con temor) Es capricho, pero... (Queriendo evitar que lo vean.)
- MARQUÉS. Veamos, veamos,
- JUAN. Señores, la obra es mia.
- CONDE. ¿De usted?
- JUAN. Sí, mia: es un cuadro con el que me ha sucedido hace un momento un fracaso: he perdido en un minuto cerca de un mes de trabajo.
- MARQUÉS. ¿Cómo así?
- JUAN. Vean ustedes.  
(Mostrando el cuadro.)

ANA. } ¡Oh!  
CONDE. }  
MARQUÉS. ¡Lástima!  
FERNANDO. (¡Me he salvado!)  
CONDE. ¡Es un percance sensible.  
y además extraordinario!  
JUAN. No tanto como parece:  
¡se dan casos, se dan casos!  
CONDE. ¡Lo toma usted con paciencia!  
JUAN. ¡Con irritarme qué alcanzo?  
Empezaremos de nuevo,  
y lo pasado, pasado.  
MARQUÉS. Bien por la filosofía.  
JUAN. En el arte, es necesario  
tenerla.  
MARQUÉS. Ya lo comprendo.  
Con que á las doce aguardamos.  
FERNANDO. Bien.  
MARQUÉS. Ahí va mi tarjeta.  
Adios.  
FERNANDO. Beso á V. la mano.  
ANA. (¡Gracias, Dios mio, me quiere!)  
FERNANDO. (Sí; ¡me ama, cielo santo!)  
CONDE. (Oh, qué estúpida sospecha...  
Imposible... Sin embargo...)  
(Vánse Ana, el Marqués y el Conde.)  
JUAN. (¡Ay! ¡ay! ¡qué cola tan larga  
va á tener este retrato!)

## ESCENA VI.

FERNANDO y JUAN.

JUAN. Ya es distinta mi opinion:  
¡las mujeres! ¡las mujeres!  
Amala si así lo quieres,  
pero con moderacion.  
Nada de perder el seso:  
no procedas de tal modo:  
en el amor, como en todo,  
es peligroso el exceso.

Así, pues...

(Notando que Fernando no le escucha.

pero el sermón  
con que te regalo amable,  
debe ser insoportable  
á juzgar por tu atención.  
Fernando, ve que la pena  
te va la vida gastando:  
¿por qué sufres hoy, estando  
como estás de enhorabuena!

FERNANDO. ¡De enhorabuena! (Con amargura.

JUAN. Sí tal.

FERNANDO. Yo buenas horas no tengo.

JUAN. Hoy sí, pero te prevengo  
que aquí vislumbro un rival.

FERNANDO. ¿Un rival? (Con fuego.)

JUAN. Aquel señor  
tan serio y tan espetado.

FERNANDO. ¡¡ El...!!

JUAN. Bah... temores á un lado,  
que tú eres vencedor.

FERNANDO. Si yo no quiero vencer.

JUAN. Pues haces una locura.

FERNANDO. Juan, es hoy mi desventura  
mucho más grande que ayer!

JUAN. No adivino la razón.

FERNANDO. ¡A tanto mi duelo alcanza,  
que vislumbrar la esperanza  
es mi desesperación!  
He visto en sus negros ojos  
un inmenso amor lucir;  
amor que habrá de morir  
entre vergüenza y enojos.  
¡ Cuando descubra el borron  
que está en mi frente extendido,  
y sepa que es mi apellido  
farsa que oculta un baldon...!  
¡ Para mí no habrá jamás  
ni ventura, ni consuelo,  
que cuanto más miro al cielo  
me hundo en el infierno más!

- JUAN. Es una exageracion:  
todo el amor lo atropella,  
y...
- FERNANDO. ¿Ya olvidas quién es ella,  
y cuál es mi condicion?
- JUAN. ¿Y eso qué?
- FERNANDO. ¡Pobre de mí!  
El gigante amor que siento  
será mi eterno tormento.
- JUAN. Pues, chico, pensando así,  
lo mejor es evitar  
el verla y... el...
- FERNANDO. ¡Imposible!  
(Con creciente energía.)  
Una fuerza irresistible  
me domina á mi pesar.  
Quiero verme en su mirada;  
aspirar su suave aliento,  
escuchar su blando acento  
con el alma enajenada.  
Sí: quiero, loco de amor,  
hablarla, estar á su lado,  
y vivir desesperado  
entre el placer y el dolor.
- JUAN. ¿Con que estás resuelto á ir?
- FERNANDO. Lo estoy.
- JUAN. ¿Y á no decir nada  
de tu pasion desgraciada?
- FERNANDO. Sí.
- JUAN. Prometer no es cumplir.
- FERNANDO. Nunca, nunca lo sabrá...
- JUAN. ¿Mejor que lo sabe ahora?  
Haz su retrato en buen hora,  
que lo escrito, escrito está.
- FERNANDO. Soy de tu misma opinion,  
y por eso me decido;  
¡para sufrir he nacido  
y cumpliré mi mision!
- JUAN. ¡Eh! no vuelvas á empezar,  
porque logras aburrirme...  
(Suena un reloj.)

La una ya; voy á vestirme  
é iremos á pasear.  
Es necesario vencer  
tu abatimiento profundo;  
hay que tomar este mundo  
como Dios lo quiso hacer.  
¡A vestirse, perezoso!  
¿Qué te aflige? ¿Qué te aterra?  
¡O no hay justicia en la tierra,  
ó tienes que ser dichoso!

(Váse.)

## ESCENA VII.

FERNANDO.

¡Dichoso el desheredado,  
el mísero, condenado  
á padecer y á llorar;  
el sér que no puede amar,  
y no puede ser amado!  
¿En qué, Señor, delinquí  
para castigarme así!  
Por qué en hora maldecida  
quisiste darme la vida,  
si para llorar nací!  
Al que nace en el dolor,  
¿por qué le das pensamiento!  
¿por qué, con tanto rigor,  
añades á su tormento  
ese tormento mayor!  
Si mi destino es estar  
en el fango sumergido  
sin poderme remontar,  
¿por qué haberme concedido  
las alas para volar?  
¿Por qué te apartas de mí?  
¿por qué me olvidas así,  
si te invoco y soy un hombre?  
¿Es preciso tener nombre  
para suplicarte á tí?  
¡Calla, calla, lengua impía,

que en tu insensata porfía,  
maldiciendo y blasfemando,  
estás á Dios insultando

(Aparece D.<sup>a</sup> Dolore

y á la pobre madre mia!  
¡Huiré léjos!... ¡Ay de mí!  
¡Qué voy á lograr así  
si el alma que tengo es suya!  
¡Qué importa que el cuerpo huya  
quedándose el alma aquí!

ESCENA VIII.

D.<sup>a</sup> DOLORES y FERNANDO.

DOLORES. ¡Desgraciado!  
FERNANDO. ¡Madre mia!  
¡Escuchaste? (Con temor.)  
DOLORES. ¡Desgraciado!  
El alma me ha lacerado  
el grito de tu agonía.  
¡Cuánto sufres! ¡ay de tí!  
FERNANDO. Yo sufrir... ¡qué desvarío!  
DOLORES. ¡Cuántas veces, hijo mio  
te avergonzarás de mí!  
FERNANDO. ¡Yo! ¡Por piedad, ten la lengua!  
¡Avergonzarme!... ¡jamás!!  
DOLORES. ¡Si para tí no soy más  
que baldon, desdicha y mengua!  
FERNANDO. ¡Madre! (Con gran dulzura.)  
DOLORES. Sí; ¡madre cruel,  
que con rostro placentero  
al darte el beso primero  
te dió su oprobio con él!  
Víctima de una vileza  
y de un proceder impío,  
te dí la vida ¡hijo mio!  
entre deshonra y pobreza.  
Pero ¡ay! en trance tal  
todo se hundió en el olvido,  
al latir de gozo henchido  
un corazon maternal.

El pasado se borró  
al impulso del placer,  
que á la ultrajada mujer  
la madre la reemplazó.  
Y en mi suprema alegría  
contra el pecho te estrechaba,  
y tu frente acariciaba,  
y lloraba, y sonreía.  
¡A qué recordar!...

FERNANDO.

DOLORES.

Tú en tanto

lanzabas tristes gemidos,  
viéndose allí confundidos  
mi sonrisa con tu llanto.  
¡Retrato fiel y elocuente  
de la vida terrenal!  
¡Sonriendo el criminal  
y llorando el inocente!

FERNANDO.

DOLORES.

¿Tú criminal?

Sí; lo he sido.

Desprécieme el mundo á mí;  
pero ¡despreciarte á tí!  
¿qué crimen has cometido?  
¡Quién, que en la justicia crea,  
tu desgracia no disculpa!  
¿Tienes acaso la culpa  
de que yo tu madre sea?  
Pues ¡por qué con saña impía,  
con injusticia evidente,  
arrojan sobre tu frente  
el baldon que hay en la mía?

FERNANDO.

No hay en tu frente baldon,  
pobre mujer engañada:  
para tí la gente honrada  
sólo tiene compasion.

DOLORES.

¡Compasion!... error profundo  
de tu pecho generoso:  
¡Al fuerte y al poderoso  
es al que perdona el mundo!  
¡El que á mí me deshonoró,  
artero, vil y cobarde,  
tal vez vive haciendo alarde

de que á muchas engañó!  
Y sus historias se oirán  
con alegres carcajadas,  
y muchas gentes honradas  
sus manos estrecharán;  
que en los delitos de amor  
el mundo siempre ha sabido  
castigar al ofendido,  
¡pero nunca al ofensor!

FERNANDO.

¡Por qué me distes el sér?

DOLORES.

¡Oye! al ver cuánto padeces,  
he pensado algunas veces  
si debí ahogarte al nacer;  
¡Que el mundo, que su anatema  
lanza sobre el inocente,  
deja insoluble y latente  
un espantoso problema!  
¡Amas con locura!

FERNANDO.

¡Madre!

DOLORES.

Y se oponen á tu amor  
de tu madre el deshonor  
y la infamia de tu padre.

FERNANDO.

No es cierto.

DOLORES.

¡Por qué ocultar  
lo que he llegado á saber?  
¡Entre tí y esa mujer  
qué otra valla se ha de alzar?

FERNANDO.

¡Ella es noble; yo pintor!...

DOLORES.

Que puede con sus pinceles  
añadir nuevos cuarteles  
en el escudo mejor.

FERNANDO.

¡Madre, te hace delirar  
ese tu cariño inmenso!

DOLORES.

Pues piensa como yo pienso  
la marquesa de Vivar.

FERNANDO.

¡Qué! ¿Sabes acaso?

DOLORES.

Sí.

Sé que te idolatra hoy...

FERNANDO.

Mas ¡cuando sepa que soy!...

DOLORES.

¡Piedad, ten piedad de mí!

FERNANDO.

¡Madre mia! (Se abrazan.)

ESCENA IX.

DICHOS y JUAN.

- JUAN. (Desgraciados.)  
Pero señores, ¿qué es esto?
- DOLORES. ¡Juan!
- JUAN. Pues me gusta la escena.  
¿Qué sucede? ¿Qué tenemos?  
¿A qué vienen esos llantos?  
¿Y tú, á qué viene ese gesto?  
Son ustedes unos niños...  
Vaya... vamos á paseo,  
que está la tarde soberbia  
y hay que aprovechar el tiempo.  
¿Pero aún no te has vestido?
- FERNANDO. Yo no salgo.
- JUAN. ¡Bueno es eso!...  
¿No sales? Vaya si sales.  
Y usted tambien.
- DOLORES. No: yo tengo  
que visitar á una enferma:  
mas tú, sal; yo te lo ruego.
- FERNANDO. Pero...
- JUAN. No hay pero que valga:  
tú me dijiste: saldremos,  
y á mí, chico, no me dejas  
como á la novia del cuento.  
¡Ah! toma; se me olvidaba...
- FERNANDO. ¿Qué me das aquí? ¿Qué es esto?
- JUAN. La invitacion para el baile  
de la duquesa del Cerro.  
Hermosa fiesta... ya sabes...  
en su quinta de recreo...
- DOLORES. ¿Cuándo?
- JUAN. Pasado mañana.
- FERNANDO. Yo no voy.
- JUAN. Vaya si iremos.
- FERNANDO. No.
- DOLORES. Fernando, la duquesa

nos trata con mucho aprecio,  
y un desaire...

JUAN. ¡Qué es desaire!

Vaya, sal pronto.

(Empujando á i ernando hácia su cuarto).

DOLORES. Deseo

hablar contigo.

JUAN. Señora...

DOLORES. Tú eres un verdadero  
amigo de mi Fernando,  
y para tí no hay secretos,  
Juan.

JUAN. ¡Y bien?

FERNANDO. (Desde dentro.) ¡Madre?...

DOLORES. Me llama:

¡Ya voy!... Despues hablaremos.

JUAN. Cuando usted quiera.

DOLORES. Esta noche,  
ó mañana, si hoy no encuentro  
ocasion... que nada sepa.

(Váse segundo término derecha.)

JUAN. Cuento V. con mi silencio.

¡Pobre madre, pobre madre!

## ESCENA X.

JUAN y PEDRO.

PEDRO. ¡Don Juan?

JUAN. ¡Qué sucede, Pedro?

PEDRO. Un caballero desea  
ver al señorito... Creo  
que es uno de los de ántes.

JUAN. ¡De los!...

PEDRO. Sí.

JUAN. Se está vistiendo.

PEDRO. ¡Qué le digo?

JUAN. (¡Será el conde?)

¡Qué señas tiene?

PEDRO. Alto, recio...

JUAN. (Es él)... dile... que ha salido.

PEDRO. Lo malo es que creyendo...

ESCENA XI.

DICHOS y el CONDE, que aparece en el umbral.

- CONDE. Ya estoy harto de antesala.  
Caballero... (Saludando con sequedad.)  
Caballero...
- PEDRO. (No tiene mucha paciencia  
¡Uf! qué cara de mal genio!)  
(Váse Pedro.)
- CONDE. Vengo buscando á Cifuentes.
- JUAN. Ya lo sé.
- CONDE. Pero celebro  
hallar á usted...
- JUAN. Muchas gracias.
- CONDE. Sí señor, porque tenemos  
que hablar...
- JUAN. Si á usted le parece  
que vayamos al tercero,  
donde vivo...
- CONDE. Seré breve.
- JUAN. Pues escucho.
- CONDE. Los rodeos  
los detesta mi carácter;  
así, por no perder tiempo,  
voy al asunto.
- JUAN. En buen hora.  
Es lo que yo más deseo.
- CONDE. ¡Usted es muy hábil!
- JUAN. Gracias.
- CONDE. Pero con todo y con eso,  
algunas habilidades  
se emplean fuera de tiempo,  
y dan malos resultados.  
Lo que hizo usted con el lienzo  
fué demasiado tardío  
y un tanto burdo.
- JUAN. Lo siento  
mas...
- CONDE. Sin embargo, hay en todo

mucho que yo no comprendo:  
usted dijo que el retrato  
era obra suya, y en esto  
somos de opinion distinta.  
Ese cuadro no está hecho  
por usted señor...

JUAN. Mendoza.  
CONDE.

Verdad que para mi objeto  
el autor importa poco  
en realidad; mas es bueno  
que queden las cosas claras  
y á que se esclarezcan vengo:  
la pintura es de Cifuentes.

JUAN. Mas...

CONDE. ¡De Cifuentes!

FERNANDO. (Apareciendo por el segundo término derecha.)

Es cierto.

## ESCENA XII.

DICHOS y FERNANDO.

CONDE. ¡Oyó usted?... mucho mejor:  
¿y confiesa?...

FERNANDO. (Con finura y frialdad.) Sí, confieso;  
no sé qué mal hay en eso;  
¿mas á qué debo el honor  
de esta segunda visita?

CONDE. Debiera usted sospecharlo.

FERNANDO. ¡Yo?

CONDE. Sí: para adivinarlo  
muy poco se necesita.

FERNANDO. Podrá usted tener razon,  
pero áun cuando lo lamento,  
á mí me falta talento  
para la adivinacion,  
y á no hacerme la merced,  
señor conde, de ayudarme  
un poco...

CONDE. Voy á explicarme.

FERNANDO. Mil gracias: siéntese usted.

- CONDE. Así estoy bien.
- JUAN. (¡Qué grosero!)
- FERNANDO. ¿Es secreto?
- CONDE. No señor.
- FERNANDO. Pues haga usted el favor de comenzar, que ya espero.
- CONDE. ¿Recuerda usted lo pasado con ese retrato?
- FERNANDO. Sí.
- CONDE. ¿Y sabe usted que le ví ántes de haberle manchado?
- FERNANDO. No lo sabía.
- CONDE. Es igual.
- FERNANDO. Que lo sea... si usted gusta. ¿Y qué?
- CONDE. ¿Qué?
- FERNANDO. Sí.
- JUAN. (Intranquilo al ver la frialdad de Fernando.)  
Me disgusta ese tono tan glacial.
- CONDE. Ante todo hay que saber ¿por qué causa se pintó?
- FERNANDO. ¿Por qué causa?
- CONDE. ¿Lo encargó alguno?
- FERNANDO. Bien puede ser... pero pasa de irrisorio lo que aquí está sucediendo. ¡Esto se va pareciendo mucho á un interrogatorio!
- CONDE. Es que puedo interrogar.
- FERNANDO. No le digo á usted que no.
- CONDE. Yo tengo derecho...
- FERNANDO. Y yo... le tengo á no contestar.
- CONDE. ¿Cómo!
- FERNANDO. Sí... mas renunciando á mi derecho por hoy, pronto á responder estoy; siga usted, pues, preguntando.
- CONDE. ¿Quién ha mandado pintar

ese retrato?

FERNANDO. (Con ironía). Unos fieles,  
que fian á mis pinceles  
el adorno de un altar.  
Está usted en un error  
hace ya bastante rato.  
Lo que usted llama retrato,  
no lo es.

CONDE. ¡No...!

FERNANDO. No señor.

CONDE. No acostumbró á tolerar  
ciertas burlas, caballero.

FERNANDO. Señor conde, yo no quiero  
burlarme...

CONDE. Para acabar...

FERNANDO. Sí, porque tengo que hacer.

CONDE. En ese lienzo... manchado  
he visto yo retratado  
el rostro de una mujer  
que pronto mia será.

FERNANDO. ¿De usted? (Con una energía que no puede  
reprimir.)

CONDE. Si señor.

JUAN. (Prudencia).

FERNANDO. (Recobrando la calma.)  
Es donosa la ocurrencia.

Con que un retrato, ¡já! ¡já! ¡já!

CONDE. ¡Caballero!

FERNANDO. ¡Es muy chistoso  
el lance, por vida mia!  
¡Señor conde, no sabia  
que hablaba con un celoso!  
¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Perdone usted...!  
Nunca pude sospechar  
que iba ese efecto á causar  
mi Virgen de la Merced.  
¡Como llegue á descubrir  
mi modelo lo pasado,  
va á engreirse demasiado  
y la habré de despedir!  
¡Tener tanto parecido

con la futura de...!

CONDE. Siento  
no poder hallar el cuento  
ni feliz, ni divertido.

FERNANDO. (Con dignidad). Y yo siento prolongar  
esta entrevista enojosa  
en que no gana gran cosa  
la que á usted se va á enlazar.  
El paso que usted ha dado,  
por sus celos impelido,  
convenga usted en que ha sido  
poco ó nada meditado.

CONDE. Yo no recibo lecciones  
de nadie.

FERNANDO. Ni yo me avengo  
á darlas; pero ahora, tengo  
bastantes ocupaciones ..

CONDE. Es mi paciencia hartó escasa.

FERNANDO. En cambio es grande la mia;  
mas no sé lo que sería  
á no encontrarme en mi casa.  
Pero cesemos de hablar,  
que más no puedo decir.

CONDE. Bien; yo sabré descubrir  
lo que usted quiere ocultar.

FERNANDO. Cuando nos ciegan los celos  
el razonar es en vano.

CONDE. ¡Oh! (Conteniéndose.) Bien.

FERNANDO. Beso á usted la mano.

(Váse por el segundo término derecha seguido  
de Juan.)

### ESCENA XIII.

DOLORES, CONDE, *despues* FERNANDO y JUAN.

CONDE. Ah, no me equivoco.  
(Doña Dolores aparece por el primer término  
derecha.)

DOLORES. ¡Cielos!  
(Se queda como petrificada y muda de asombro  
en el umbral.)

- CONDE. (¿Dónde he visto yo esa cara?)  
(Váse.)
- DOLORES. ¡Él! ¡Oh! (Quiere avanzar y se desmaya.)
- FERNANDO. ¡Madre! (Corriendo á soccorerla.)
- JUAN. ¡Qué ha pasado?  
¡Señora! (Viéndola desmayada.)
- FERNANDO. ¡Se ha desmayado!  
¡Llama, Juan!
- JUAN. (Tirando del cordon de la campanilla.)  
¡Cosa más rara!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Gabinete en casa del marqués: puerta al fondo: dos laterales á la derecha y un balcon en el segundo término izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, *despues* UN CRIADO y DOÑA DOLORES.

MARQUÉS. ¡Qué juventud tan dichosa!  
Está loca de contento.  
¡Como es su primer retrato  
de mujer...!

CRIADO. ¡Señor?

MARQUÉS. ¡Qué es eso?

CRIADO. Una señora enlutada,  
que está en el recibimiento,  
me ha dado esta carta.  
(Presentándole una en una bandeja.)

MARQUÉS. Venga.

CRIADO. Espera respuesta.

MARQUÉS. Bueno. (Lee.)

Está bien: dila que pase. (Váse el criado.)

¡De la duquesa del Cerro!...  
No se me alcanza... ¡Señora!

DOLORES. Señor marqués...

MARQUÉS. ¡En qué puedo  
servir á usted? La duquesa,  
con gran encarecimiento,  
me suplica que la escuche

y á escucharla estoy dispuesto.  
DOLORÉS. Señor marqués, muchas gracias.  
MARQUÉS. Sírvase tomar asiento. (Se sientan.)  
Usted dirá.

DOLORÉS. Mi visita  
es tan extraña, que temo  
no han de bastar las bondades  
de usted, llegando al exceso,  
á disculpar lo que raya  
tal vez en atrevimiento.

MARQUÉS. ¡Señora!...

DOLORÉS. ¡Pero en la vida  
ocurren tales sucesos...!  
Acudo á usted, porque nadie  
puede darme, á lo que creo,  
las noticias que yo busco  
mejor que usted.

MARQUÉS. Pues celebro  
la ocasion que se me ofrece,  
de servir al propio tiempo  
á usted y á mi buena amiga  
la duquesa...

DOLORÉS. Gracias; vengo  
á pedir á usted noticias  
de un su amigo... un caballero  
que no sabía estuviera  
en Madrid.

MARQUÉS. Bien.

DOLORÉS. Tengo en ello  
gran interes.

MARQUÉS. ¡Y se llama  
el tal?...

DOLORÉS. Si mal no recuerdo,  
el conde de Vallefrio.

MARQUÉS. ¡Ah! Sí.

DOLORÉS. Hace mucho tiempo  
le conocí, más su título  
no le conocia. ¿Es nuevo?

MARQUÉS. No señora.

DOLORÉS. (¡Miserable!)  
¿Ha estado en el extranjero?

MARQUÉS. Sí, más de veinte y tres años.  
Hace poquísimos tiempo  
que regresó.

DOLORES. Yo ignoraba,  
señor marqués, su regreso;  
pero no es extraño: vivo...  
tan retirada...

MARQUÉS. (¡No entiendo!...)

DOLORES. ¡Y dónde vive?

MARQUÉS. En la fonda  
de la Paz.

DOLORES. ¡Cuánto molesto!

MARQUÉS. ¡Señora! ..

DOLORES. Mas ya concluyo,  
y aquí es en donde ruego  
mayor paciencia. Me ha dicho  
la duquesa, que dispuesto  
está el enlace del conde  
con la hija de usted.

MARQUÉS. Es cierto.

DOLORES. Marqués, usted es un hombre  
citado como modelo  
de honradez caballeresca,  
y por eso mismo quiero,  
y mi conciencia lo exige,  
dar á usted un buen consejo.  
No apesure usted la boda;  
aguarde usted algun tiempo,  
que acaso exista en el mundo  
una mujer con derecho  
para impedirla.

MARQUÉS. ¡Señora!

¡qué es lo que está usted diciendo!

DOLORES. Que pudiera no ser libre  
el conde con ser soltero.

MARQUÉS. Pues que la duquesa calla  
el nombre de usted, espero  
que usted me diga...

DOLORES. Muy pronto:  
hoy, marqués, es un secreto  
que guardará la duquesa

y guardo yo.  
MARQUÉS. (¡No comprendo!...)  
DOLORES. Espéreme usted con calma;  
espere... y yo le prometo...

### ESCENA II.

DICHOS: ANA por el primer término derecha.

ANA. Papá... ¡Perdon!... ¡No sabía!...  
DOLORES. Señor marqués, hasta luégo...  
Señorita ..  
MARQUÉS. ¡Mas!...  
DOLORES. No olvide  
mi advertencia y mi consejo.

### ESCENA III.

ANA, EL MARQUÉS.

ANA. ¿Qué te sucede?  
MARQUÉS. ¿A mí? Nada.  
ANA. ¿Como tienes ese aspecto!...  
¿Estás malo?  
MARQUÉS. ¡No, hija mia!  
ANA. ¡Cred!... Todo está dispuesto  
en el gabinete blanco:  
paleta, pinceles, lienzo...  
MARQUÉS. Muy bien. (¡Extraña visita!  
¿Quién será?)  
ANA. ¡Ay! ¡Cuánto tiempo  
tarda el pintor!  
MARQUÉS. Aún no han dado  
las doce. ¿Con que tenemos  
bastante prisa?... ¡Loquilla!  
ANA. Sí.  
MARQUÉS. Ya viene. (Mirando por el balcon.)  
ANA. ¡Ah!  
MARQUÉS. ¿Qué es eso?

ANA. No es nada : que me he pinchado.

MARQUÉS. Por aturdida... ¿Qué veo?

(Mirando por el balcon.)

¡Está hablando con Cifuentes  
allá en la esquina!

ANA. ¿Qué es eso?

MARQUÉS. Nada, hija mia. (¡Es extraño!)

Vaya, me voy, porque tengo  
que escribir : vuelvo al instante.

(Hablaré al conde... y sabremos...)

(Váse por el segundo término derecha.)

#### ESCENA IV.

ANA.

Ya viene : ¿por qué el temor  
me está torturando el alma?

¿Por qué me falta la calma?

¿Por qué me falta el valor?

¿Por qué, si es verle mi afán,  
si hablarle mi amor ansía,  
el temor y la alegría

luchando en mi pecho están?

No nos amamos los dos...

#### ESCENA V.

ANA y FERNANDO *por el foro.*

FERNANDO. ¡Marquesa!...

ANA. ¡Ay Dios! ¿Quién es?

¡Ah! .. Ya..!

FERNANDO. Beso á usted los piés.

ANA. Adios, Cifuentes, adios.

FERNANDO. Perdone usted si he llegado  
ántes de lo conveniente.

ANA. ¡Oh, no tal!

FERNANDO. Profundamente  
siento el haberla asustado.

ANA. ¡Es que... como... no... sabía!...

(Revelándome su acento turbacion y alegría á  
la vez.)

Al pronto me sorprendió...

FERNANDO. ¡Vengo tan temprano!

ANA.

¡No!

FERNANDO. Aquí no son todavía

las doce. (Señalando á un reloj de sobremesa.)

ANA.

No hay que fiarse...

FERNANDO. Mi reloj va adelantado...

ANA.

Ese es el que va atrasado:

no sabe más que atrasarse.

¡Temprano! ¡qué desvarío!

si las doce han dado ya.

FERNANDO. (¡Dios mio, qué hermosa está!)

ANA.

(¡Estoy temblando, Dios mio!)

(Pausa.)

Papá se marchó á escribir  
una carta hace un momento,  
pero tome usted asiento,  
que no tardará en salir.

(Se sientan: Pausa.)

Ya comienza á molestar  
el calor.

FERNANDO.

Sí, ciertamente.

ANA.

Se va yendo mucha gente.

(Dando á la pregunta un interes que revela el  
temor de que se ausente.)

FERNANDO.

¿Ustedes piensan viajar?

ANA.

Hasta que esté retratada,  
no señor.

FERNANDO.

Pero despues...

¡como eso es cosa de un mes!...

ANA.

¡Un mes!

FERNANDO.

¿Es mucho?

ANA.

No es nada.

¡Un mes! Pues si yo creí...

FERNANDO.

(Con pasion.) Por mi parte tardaria  
mucho mas... (Dominándose.)

porque saldria  
mejor el retrato.

ANA.

¡Sí!...

Pues es preciso tardar:  
yo quiero que salga bien.

- FERNANDO. ¡Ah! Marquesa: yo tambien.  
¿Le piensa usted regalar?
- ANA. (Revelándose en su acento y en su mirada el amor que siente.)  
¿Regalarle?... No señor.  
Esa pregunta me ofende.
- FERNANDO. ¿Qué? (Con alegría.)
- ANA. ¡Ah! (Confusa.)
- FERNANDO. (Dominándose.) (El amor me vende.)
- ANA. (Dominándose.)  
(¡Me está vendiendo el amor!)  
(Pausa )  
¿Se pinta mucho?  
(Afectando un aire distraido y una tranquilidad que no siente.)
- FERNANDO. No es cosa.
- ANA. ¿Tiene usted poco que hacer?
- FERNANDO. Sí.
- ANA. Pues en su estudio, ayer  
ví una coleccion preciosa...  
(Despues de una breve pausa y dando mucha intencion á la frase.)  
Y... á propósito...
- FERNANDO. (¡Gran Dios!)
- ANA. Aquel retrato... manchado,  
¿quién de ustedes lo ha pintado?
- FERNANDO. ¿Quién? (Profundamente turbado.)
- ANA. Sí. ¿Quién es de los dos?
- FERNANDO. ¡Señorita!... (Con tono suplicante.)
- ANA. ¿Usted ha sido,  
verdad? . . Me lo presumia...
- FERNANDO. ¿Por qué?  
(Con el mismo acento de confusion y temor )
- ANA. (Con naturalidad afectada.)  
Por la valentía  
y el tono del colorido.  
Tienen un sello especial  
todos los cuadros de usted!  
hay en ellos no sé qué

de triste y original...

Yo los conozco entre ciento:

(Dominando la expresión que comienza á imprimir á sus palabras.)

Como tengo esta afición...

¡Qué pícaro distracción!...

Perder así en un momento

un retrato que valía...

FERNANDO. ¡Usted le vió?... (Con temor.)

ANA. (Con gran intención.) Claro está.

FERNANDO. ¡Oh! ¡Marquesa!...

(Con tono de súplica.)

ANA. (Acentuando mucho sus palabras.)

Más allá

no va la fotografía...

FERNANDO. ¡Oh!

ANA. ¡Es lástima!

FERNANDO. (Cada vez más confuso.) Sí es...

ANA. ¿Era algún encargo?

FERNANDO. (Con energía.) No.

ANA. (Con marcadísima intención y mirándole muy fijamente.)

ANA. Vamos, usted le pintó  
para venderle despues.

FERNANDO. ¡¡¡Venderle!!! ¡¡¡Jamás!!!

ANA. ¡No entiendo!...

Si no para ser vendido...

FERNANDO. (Dejándose arrebatar por su amor.)

Marquesa, ¿usted ha creído...  
esos cuadros no los vendo.

(Con creciente energía.)

Ellos, señorita, son,  
mis sueños, mis ilusiones,  
las santas inspiraciones  
del alma y el corazón.

Ellos calman mi tormento,

y al brotar de mi pincel,

¡son! ¡ay! el retrato fiel  
de mi propio pensamiento.

Ellos me prestan valor  
si mis fuerzas desfallecen,

y coloran y embellecen  
los delirios del pintor.  
Cuando en mi amargo penar,  
ébrio, delirante, ciego,  
maldigo la vida, y llego  
hasta de Dios á dudar,  
ellos me prestan sosten,  
disipan la horrible duda,  
y en esa batalla ruda  
sacan triunfador al bien.  
Ellos mis ángeles son,  
ellos, la ilusion querida,  
el encanto de mi vida.

ANA. (Que le ha escuchado con profunda alegría.)

¡Ah! ¡Sí!

FERNANDO. (Dominándose.) ¡Marquesa! ¡perdon!...

ANA. (Con cariño, sencillez y dulzura.)

¡Perdon! ¡Me gusta! ¡Por qué?

El perdon sólo lo implora  
quien falta ó peca, y ahora...  
francamente... ¡yo no sé!...

FERNANDO. ¿Usted no se muestra airada  
conmigo?

ANA. ¿Yo airada? ¡no!...

¿usted, en qué me ofendió  
para que yo esté enfadada?

FERNANDO. Aquella pobre pintura...

la prestó vida y color  
un amor, un santo amor  
que está rayando en locura;  
un ardiente frenesí,  
una pasion infinita  
que no puedo, señorita,  
ocultar más tiempo aquí.

(Abandonándose á sus sentimientos.)

ANA. ¿Y por qué se ha de ocultar?

Dicen que amar enaltece,  
y que el amor aparece  
sin que se pueda evitar.

FERNANDO. ¡Enaltece!... ¡Dios eterno!  
¡Mi cariño enaltecer!

- ANA. (Con suprema dulzura.)  
¿Por qué no?
- FERNANDO. ¡Vuelve á caer  
(Con desesperacion y amargura.)  
condenado en el infierno!
- ANA. ¿Pero qué es eso?
- FERNANDO. ¡Ay de mí!
- ANA. ¡Esa agitacion creciente!...  
¿Por qué baja usted la frente?  
¿Por qué palidece así?  
Está usted desencajado.
- FERNANDO. Marquesa...
- ANA. Yo tengo un nombre  
(Con infinita dulzura.)  
que no es feo...
- FERNANDO. ¡Soy un hombre,  
señora, muy desgraciado!
- ANA. ¡Muy desgraciado! ¿por qué?  
¿El querer... (Con voz baja y acento confuso.)  
siendo querido,  
es desgracia?
- FERNANDO. Yo he nacido  
para sufrir y...
- ANA. ¡No sé!...  
¿Se quiere usted explicar?  
¿Vaya un gusto de asustarme!...
- FERNANDO. A mí nadie puede amarme...
- ANA. ¡¡Cifuentes!!
- FERNANDO. ¡Ni puedo amar!
- ANA. ¡Hable usted, por compasion!  
¿Qué sucede?
- FERNANDO. ¡Que mi vida!...
- MARQUÉS. (Dentro). Que la lleven en seguida.
- ANA. ¡Ah! (Con aire contrariado).
- FERNANDO. (Lamentando haber declarado su amor.)  
¡Cobarde corazon!

ESCENA VI.

DICHOS: EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Me agrada la exactitud,  
señor Cifuentes.

FERNANDO. ¡Marqués!...

MARQUÉS. En los artistas no es  
muy vulgar esa virtud.

FERNANDO. Tiene usted mala opinion  
de nosotros.

MARQUÉS. No la tengo,  
y sobre todo convengo  
en que existe la excepcion.  
Usted nos viene á probar  
que la tal regla no es fija,  
y me alegro por mi hija  
que empezaba á murmurar.

ANA. (¡Que amado no puede ser?)

MARQUÉS. Ya se quejaba hace rato...  
Como es el primer retrato  
que va á hacerse de mujer,  
teme no llegue la hora.

FERNANDO. Antes hubiera venido,  
pero...

MARQUÉS. Sí, (Con intencion.) le ha detenido  
en la esquina una señora  
que...

ANA. ¡Una señora? (Con acento celoso).

FERNANDO. Era  
mi madre.

MARQUÉS. (¡Su madre!)

ANA. (Con alegría.) ¡Ah!

MARQUÉS. (¡Su madre!)

ANA. ¡Vamos, papá!

MARQUÉS. Yo... Cuando este señor quiera:  
ya se halla todo dispuesto.

FERNANDO. Pues por mi parte, marqués...

MARQUÉS. (El, ó finge ó...) Vamos, pues.

ANA. (¡Yo no adivino!...)

MARQUÉS. (¡Qué es esto!)

(Se dirigen hácia la derecha y aparece el conde por el foro.)

## ESCENA VII.

DICHOS: EL CONDE.

CONDE. Buenos dias.

FERNANDO. (¡Oh!)

ANA. (¡Este hombre!)

MARQUÉS. ¡Ola! ¡Conde!

CONDE. ¿Cómo va?

y usted... (A Ana.)

ANA. (Secamente pero con finura.)

Buena, muchas gracias...

CONDE. ¿Qué? (Con profunda ironía.)

¿ya vamos á empezar?

Pues nada, no detenerse,  
por mí...

FERNANDO. (¡Oh!)

CONDE. Vamos allá.

MARQUÉS. Permita usted un momento.

CONDE. ¡Cómo!

MARQUÉS. Tenemos que hablar.

Vé tú, que en seguida vamos  
nosotros... (Llama y sale un criado.)

Díle á madame

que acompañe á la marquesa.

ANA. (¡Qué tiene que hablar, que papá...)

(Vase, primer término derecha.)

MARQUÉS. Pase usted. (A Fernando.)

FERNANDO. Con su permiso. (Vase.)

MARQUÉS. (Al Conde.) ¡Hoy es dichosa! ¡La edad!..

## ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

- CONDE. ¡Claro...! (Con ironía).
- MARQUÉS. ¿Habrá usted recibido mi carta?
- CONDE. ¿Quién? ¡Yo... no tal!
- MARQUÉS. ¿Me ha escrito usted? Hace poco, y á la fonda de la Paz fué un criado...
- CONDE. Pues entonces mal he podido... ¡Me dan los amigos unos días! No me dejan descansar. ¡Esta mañana á las ocho, con muy mala voluntad, me levanté... porque ocurre un caso tan singular! ¡Al pobre duque de Ornedo, sin decirle ni agua va, se le ha entrado por las puertas todo un hijo natural!
- MARQUÉS. ¡Al duque!
- CONDE. Ni más ni menos: á sus años, ¡já! ¡já! ¡já! y ya ve usted, como el pobre es tan apocado y tan... al ver una carta, hecha con bastante habilidad por una, que segun dice, se la escribe al espirar, con la sencillez de un niño ha abrazado á ese truan y, dice que es hijo suyo con toda formalidad. Yo he sabido la ocurrencia por su sobrino Tomás. El pobre está apuradillo;

es claro ¡como que va  
jugando toda su suerte!  
El duque no tiene más  
parientes, y sus millones  
son cosa muy regular.

MARQUÉS. Con todo: si el duque tiene  
completa seguridad...  
Él es hombre de juicio;  
es honrado...

CONDE. Pero está  
ya tan viejo...

MARQUÉS. ¡No es tan viejo,  
conde, si tiene mi edad!

CONDE. ¡De modo que usted aprueba!...

MARQUÉS. ¡Claro! ¡No lo he de aprobar!...

CONDE. Es que así sientan ustedes  
un precedente fatal.  
Usted dirá lo que quiera,  
pero yo voy á evitar  
que ese duque del demonio  
cometa una necedad;  
así vengo á ver si quiere  
usted darme de almorzar,  
y me despido; me marcho  
á las cuatro con Tomás  
á la posesion del duque,  
pero volveré de allá  
para mañana á la noche;  
porque no quiero faltar  
al baile de la del Cerro  
á quien me presentarán,  
y á quien hoy han de anunciarme.

MARQUÉS. Bueno. Dejemos en paz  
al pobre duque, y hablemos  
de otra cosa.

CONDE. Usted dirá.

MARQUÉS. He tenido una visita  
hace poco, singular,  
Me parece que usted tiene  
alguien que le quiere mal.

CONDE. Eso nos sucede á todos,

pero no puedo alcanzar  
lo que tenga que ver eso...

MARQUÉS. ¿Con la visita?

CONDE. Cabal.

MARQUÉS. Tiene mucho.

CONDE. ¡Amigo mio,  
si usted no se explica más!...  
¡Usted! ¡Un hombre tan franco!...

MARQUÉS. Pues bien, conde, la verdad,  
la diré, que ciertos medios  
no me han gustado jamás.  
Me aconsejan que no case  
con usted á mi hija.

CONDE. (Con extrañeza y mal disimulado temor).

¡Ah!

¿Y en qué se fundan? ¿Qué dicen?

MARQUÉS. ¡Dicen!...

CONDE. ¡Qué titubear!...

MARQUÉS. Afirman que usted no es libre  
para casarse.

CONDE. ¡Já! ¡já! ¡já!

MARQUÉS. ¿Se rie usted?

CONDE. Sí, me rio,  
áun cuando á decir verdad,  
no ha sido la tal visita  
la que me ha ofendido más.

MARQUÉS. Yo no he dicho que lo crea,  
pero...

CONDE. No debió escuchar...

MARQUÉS. Respetos á la persona  
que...

CONDE. (Con acento seco y breve).

Bueno. Sepamos ya  
su nombre, su...

MARQUÉS. No lo ha dicho,  
pero la casualidad  
ha hecho que yo descubra...

CONDE. Bien, ¿quiere usted acabar?...  
(Impaciente.)

MARQUÉS. Es la madre de Cifuentes...

CONDE. ¿Cifuentes? (Como queriendo recordar.)

- MARQUÉS. El pintor.
- CONDE. (Con ironía.) ¡Ah!  
Es poco ingenioso el medio.
- MARQUÉS. ¡Qué?
- CONDE. Ya es necesario hablar.  
Nosotros, teniendo en cuenta  
nuestra opinion nada más,  
hemos tratado una boda  
creyendo que libre está  
el corazon de su hija.
- MARQUÉS. ¡Eso es verdad!
- CONDE. No es verdad.  
Pregúntele usted á ella,  
y...
- MARQUÉS. ¡Le ha dicho á usted quizás!...  
¿usted se lo ha preguntado!
- CONDE. Yo no puedo preguntar  
ciertas cosas, sin que quede  
ajada mi dignidad.  
Sobre todo, muchas veces  
dicen y confiesan más  
un rubor y una palabra...  
Tengo la seguridad  
de que ama, y no es á mí.
- MARQUÉS. ¿Pues á quién es? ¿Dónde está  
ese hombre?
- CONDE. En esta casa.
- MARQUÉS. ¡Qué!
- CONDE. Dedicado á pintar.
- MARQUÉS. ¡Cómo! ¡Cifuentes!!
- CONDE. El mismo.
- MARQUÉS. ¡Ocurrencia original!...  
¡Conde, usted se ha vuelto loco!
- CONDE. Un momento á mi pesar  
lo estuve, y
- MARQUÉS. ¡Usted afirma!...  
¡Habla usted con seriedad!...
- CONDE. Sí.
- MARQUÉS. ¡Por qué ocultarme!...
- CONDE. Quise  
mi ligereza enmendar,

y hacerle á usted ver las cosas  
con una evidencia tal,  
que no pudiese usted nunca  
de mi afirmacion dudar;  
pero toda vez que el mozo  
con tan poca habilidad  
apela á ciertos recursos,  
anhelante de atrapar  
un título y una dote,  
y hace á su digna mamá  
que le ayude de esa suerte;  
es inútil esperar  
más tiempo. ¡Mi enhorabuena!...

MARQUÉS.

¡Oh! ¡Conde, bajeza tal  
no comete una hija mia!

CONDE.

En estos tiempos se van  
reformando las ideas.

MARQUÉS.

Esto es demasiado ya:  
(Llama y aparece un criado.)  
que venga la señorita.  
Sírvasse usted esperar  
en mi despacho un momento.

CONDE.

Mil gracias: puesto que está  
la casa de Tomás cerca,  
voy un instante á ultimar  
ciertas cosas de la marcha.  
Entretanto usted verá  
que todo lo que le he dicho  
es la pura realidad.

MARQUÉS.

Pero...  
Volveré muy pronto,  
que no me pienso escapar.

(Vase por el foro.)

### ESCENA IX.

ANA y EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Ven acá. (Con acento irritado.)

ANA.

¿Qué tienes, dí?

MARQUÉS.

¿Por qué así bajas la frente?

- ANA. ¿Por qué tiembblas? ¡Dios clemente!...
- ANA. ¡Por qué me miras así?  
¡En qué te pude ofender?  
Habla, papá, te lo ruego.
- MARQUÉS. (Pero habré yo estado ciego.  
¡Señor! Si no puede ser.)
- ANA. Vamos, habla.
- MARQUÉS. Hace un instante  
al ver al conde venir,  
me pareció percibir  
el disgusto en tu semblante;  
disgusto que á la verdad  
no es éste, no, el primer dia  
que le observo, y desearia  
que hablastes con claridad.
- ANA. ¡Papá!.. (Con temor.)
- MARQUÉS. Sabes que te quiero  
con un cariño profundo,  
y que para mí en el mundo  
tu ventura es lo primero.  
Si te disgusta esa union,  
si ese proyectado enlace  
á tí no te satisface,  
habla. Si en tu corazon  
late otro amor, ¿por qué á mí  
me lo quieres ocultar?  
¿Acaso puedes amar  
á un hombre, indigno de tí?  
¿Acaso has dado al olvido  
lo que á tu clase la debes?  
¡Papá...!
- ANA. ¿Por qué no te atreves  
á hablar... cuando yo lo pido?
- MARQUÉS. Al conde nunca he amado.
- ANA. Pero ¡amas á otro hombre!
- ANA. Sí.
- MARQUÉS. Pues sepamos su nombre.
- ANA. Pues no me mires airado.  
¡Me das miedo!
- MARQUÉS. (Reprimiéndose.) Por favor,

habla.

ANA. Pues bien; papá mio,  
el dueño de mi albedrío  
es Cifuentes.

MARQUÉS. ¡El pintor!  
¡Con que es verdad, cielo santo!  
¡y yo lo dudé un momento...!

ANA. Si tiene tanto talento,  
y además, me quiere tanto...

MARQUÉS. ¡Te quiere! torpe ilusion.

ANA. ¡Cómo!

MARQUÉS. Sí; lo que ambiciona  
es tu caudal, tu corona,  
tu nombre, tu posicion...

ANA. (Interrumpiéndole.)  
Eso sí que no es verdad.  
El sólo me quiere á mí.

(El marqués sonríe con amargura.)

¡Por qué sonríes así?  
¡Tan horrenda es mi fealdad...!  
Vaya, papá, buena es esa,  
¡qué manera de humillarme!  
¡A mí nadie puede amarme  
mas que por rica y marquesa?

MARQUÉS. Él no te ama.

ANA. ¡Por qué?

¡Tú me lo puedes probar?

MARQUÉS. Sí.

ANA. Habla... ¿quieres hablar?

MARQUÉS. Pues te empeñas, hablaré.

ANA. ¡Oh! sí que me empeño; sí.

MARQUÉS. Hace á lo más una hora,  
vino á verme una señora...  
la que has encontrado aquí.  
Y ¿sabes quién era?

ANA. No;

¿pero qué tiene que ver?...

MARQUÉS. Pronto vas á comprender...

Esa señora ocultó  
su nombre, y me vino á hablar  
del conde, á quien ha insultado.

- ANA.                    ¿Ella?
- MARQUÉS.                Sí, y ha calumniado.
- ANA.                    ¿Pues no puedo adivinar!
- MARQUÉS.                Es la madre del pintor.
- ANA.                    ¡Ah! (Con cierta extrañeza.)
- MARQUÉS.                ¿Comprendes, hija mía?
- ANA.                    ¡Yo no!
- MARQUÉS.                Tienes todavía  
poco mundo...
- ANA.                    (Comprendiendo.) ¡Por favor!  
¿has sospechado tal vez  
que ella ha venido á evitar  
mi enlace por ayudar...?  
Vamos, esa avilantez  
es imposible; de fijo.
- MARQUÉS.                Ana...
- ANA.                    ¡Ni por un momento  
cabe tan vil pensamiento  
en la madre de tal hijo!
- MARQUÉS.                Pero...
- ANA.                    Argüirás en vano,  
papá, no tienes razon;  
sospechas del conde son...  
¡Medio tan necio y villano!...  
Que era la madre, ¿por quién  
lo sabes?
- MARQUÉS.                Hace un instante  
lo ha dicho el hijo, delante  
de tí misma.
- ANA.                    Bien; muy bien.  
Eso probándote está  
que ellos no...
- MARQUÉS.                ¡Ya es demasiado!  
Engañado, ó no engañado...
- ANA.                    ¡Pero...!
- MARQUÉS.                Basta, basta ya.  
Yo no puedo consentir  
pasion tan descabellada;  
no voy, por una niñada,  
á dar que hablar y reir.  
¡Aun cuando estuviese loco!

¡Pues hombre, vaya una boda!  
Si el conde no te acomoda,  
á mí ese quidam tampoco.  
ANA. No me quieres... ¡Ay de mí!  
¡cómo mi madre viviera...!  
Tú vas á hacer que me muera  
de dolor.  
MARQUÉS. (Con cierta dureza.) Vete de aquí.

ESCENA X.

EL MARQUÉS y UN CRIADO, *despues* FERNANDO, *por el primer término derecha.*

MARQUÉS. (Despues de llamar y presentarse el criado.)  
Dí al pintor, que la marquesa  
se ha puesto mala de pronto  
y que puede retirarse;  
que ya irá mi mayordomo  
mañana á verle. (Váse el criado.)

¡Es posible!

¡Si no vuelvo de mi asombro!

FERNANDO. ¡Está mala la marquesa?

MARQUÉS. Sí señor. (Secamente.)

FERNANDO. (No sé qué noto...)

¡Pero es cosa de cuidado?

MARQUÉS. Es poca cosa.

FERNANDO. ¡Ese tono!...

¿Volveré?

(Ana aparece en la segunda puerta de la derecha y al fin de la escena desaparece para salir por el primer término.)

MARQUÉS. No se retrata.

¿Qué le debo á usted?

FERNANDO. (Con dignidad.) Yo cobro  
cuando trabajo.

MARQUÉS. Por eso,  
áun cuando haya sido poco,  
ha perdido usted el dia.

FERNANDO. No.

MARQUÉS. Basta de circunloquios.  
tengo prisa, ¿qué le debo?

FERNANDO. ¡Nada!

- MARQUÉS. Cobre usted.  
(Mostrándole una cartera.)
- FERNANDO. No cobro:  
déselo usted á los pobres,  
y queda arreglado todo.
- MARQUÉS. Lo haré. Sírvase olvidarse  
para siempre de nosotros,  
y olvidarse de esta casa  
en donde admito tan sólo  
á los que son mis iguales.  
En un pintor reconozco  
méritos, pero no basta  
para que se aspire á todo.
- FERNANDO. ¡Señor marqués!
- MARQUÉS. Señor mio...  
¡Buenas tardes!  
(Váse segundo término derecha.)
- FERNANDO. ¡Qué sonrojo!

## ESCENA XI.

FERNANDO, ANA, *primer término derecha.*

- FERNANDO. ¡Habrá sido el conde! Sí.  
Adios, ilusion hermosa;  
Adios, Ana... sé dichosa  
y nunca pienses en mí.  
(Va á salir y aparece Ana agitada.)
- ANA. Fernando, por compasion,  
perdone usted, se lo ruego:  
mi pobre padre está ciego  
de enojo.
- FERNANDO. ¡Tiene razon!
- ANA. ¡Por Dios, no hable usted así!  
si nos hacen cruda guerra,  
¡qué importa! no hay en la tierra  
quien le arroje á usted de aquí.  
(Señalando á su corazon.)
- FERNANDO. ¡Marquesa!
- ANA. ¡Deje usted ya  
ese título maldito!
- FERNANDO. ¡El amarme es un delito!

- ANA. ¡Fernando!
- FERNANDO. ¡Un oprobio!
- ANA. ¡Ah!
- ¡Oprobio! ¡delito!... ¡No!...  
Vamos, usted desvaría.
- FERNANDO. ¡No sabe usted todavía,  
señorita, quién soy yo!
- ANA. ¡Y qué me importa!
- FERNANDO. ¡Es inmensa,  
horrible mi desventura!
- ANA. ¡Qué?
- FERNANDO. ¡Con humana envoltura,  
soy la maldicion que piensa;  
soy el aborto del mal,  
el réprobo miserable;  
creacion abominable  
de la injusticia social!
- ANA. Serénesse usted, por Dios.  
¡No ve usted que me atormenta?
- FERNANDO. (Cese esta lucha cruenta.)  
¡Adios para siempre... adios!
- ANA. ¡Cielos! ¡Para siempre!
- FERNANDO. ¡Sí!
- ANA. ¡No, Fernando: yo lo imploro!
- FERNANDO. ¡Ana! (Con acento apasionado.)
- ANA. ¡No ve usted que lloro?
- FERNANDO. (Dominándose.) Olvídesse usted de mí.
- ANA. ¡Olvidarle!... ¡Como él  
no me ha querido jamás!...
- FERNANDO. ¡Pero, Dios mio, esto más!...  
¡Eres conmigo cruel!
- ANA. ¡Por qué entregarse á la pena?  
¡Por qué abatirse? ¡Valor!
- ¡No cuenta usted con mi amor?
- FERNANDO. ¡Qué buena es usted! ¡qué buena!
- ANA. Déjese al tiempo marchar,  
y espere usted confiado,
- FERNANDO. ¡Si no puedo ser amado  
por usted!
- ANA. ¡Vuelta á empezar!
- ¡Por qué?

- FERNANDO. Porque yo he nacido  
en la más villana esfera;  
porque no tengo siquiera  
el más humilde apellido!
- ANA. (Con profunda desesperacion.)  
¡Ah! ¡Desdichada de mí!..  
¡Qué desgracia tan inmensa!
- FERNANDO. Perdóneme usted la ofensa  
que amándola la inferí.
- MARQUÉS. (Dentro.) Ana...
- ANA. ¡Dios mio! ¡papá!..  
¡Adios!... ¡ay!...
- FERNANDO. ¡Adios, señora!  
¡Padre, si has muerto, y ahora  
me estás viendo?  
(Se dirige al foro y aparece el conde.)

## ESCENA XII.

FERNANDO, EL CONDE.

- CONDE. (Con profundísimo sarcasmo.) ¡Já! ¡Já! ¡Já!
- FERNANDO. ¡Conde!
- CONDE. ¡Apellido inclemente!  
¡Matar así tan hermosas  
ilusiones! ¡Ciertas cosas  
se encuentran difícilmente!
- FERNANDO. ¡Basta!
- CONDE. Pero á discurrir,  
y quién sabe... siendo ducho...  
acaso... Yo siento mucho  
no poderle á usted servir...
- FERNANDO. ¡Su apellido! ¡Qué merced  
me iba á otorgar y qué honra!  
¡Si vale más mi deshonra  
que los blasones de usted!
- CONDE. Muchas gracias.  
(Con el mismo sarcasmo y la misma frialdad  
que no perderá en todo el acto.)
- FERNANDO. Sí señor.  
¡Esa punzante ironía  
acusa poca hidalguía

y acusa poco valor!  
¡Burlarse del desgraciado,  
insultar al inocente...  
eso, conde, solamente  
lo sabe hacer un malvado;  
y con eso basta ya  
para conocer á un hombre!  
Ni se ofenda, ni se asombre.  
¡Usted revelando está  
que pertenece á esos séres,  
sin creencias, sin temor,  
que son ladrones de honor  
y verdugos de mujeres;  
esos que no piensan más  
que en la crápula, en la orgía,  
y ni un grito de agonía  
les hace volver atras;  
esos, que viendo alcanzada  
la victoria que desean,  
olvidan y pisotean  
á la mujer ultrajada;  
que satisfecha la sed  
no piensan en nada... no :  
¡Y los hijos como yo  
tienen padres, como usted!

CONDE.

Amiguito, no está mal  
la pintura, lo confieso :  
aparte de cierto exceso  
de pasión, muy natural...!

FERNANDO.

¡Vil...!

CONDE.

¡No grite demasiado,  
que aunque no me ha de ofender,  
puedo pedir y obtener  
que le castigue un criado!

FERNANDO.

¡A mí, conde...! vive Dios,  
castígueme usted si puede.

(Va á arrojarle sobre él.)

ESCENA XIII.

DICHOS, EL MARQUÉS, ANA y UN CRIADO.

MARQUÉS. ¿Qué pasa aquí?

ANA. ¿Qué sucede?

FERNANDO. Ya nos veremos los dos. (Al conde.)

MARQUÉS. ¿Usted aquí todavía?

Esto ya de raya pasa.

Márchese usted de mi casa.

FERNANDO. (Al oír esta frase va á lanzarse sobre el marqués, pero conteniéndose exclama con amargura.)

Está bien.

ANA. ¡Virgen María!

¡Papá!

MARQUÉS. ¡No hagas que estalle!

FERNANDO. (Al conde.)

Le juro á usted por mi nombre...

CONDE. ¿Por cuál? (Con terrible sarcasmo.)

MARQUÉS. (Aparece un criado en el foro.)

Poned á ese hombre á la puerta de la calle.

FERNANDO. ¡Marqués!... (Con ira.)

ANA. (Interponiéndose entre su padre y Fernando.)

¡Cielos!

FERNANDO. (Conteniéndose.) ¡Me voy... sí!

¡Perdone usted...! (A Ana.)

ANA.

¡Qué tormento!

FERNANDO. ¡Dios mio! ¿no estás contento? (Váse.)

ANA. ¡Desventurada de mí!

(Se deja caer llorando en una butaca.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

# ACTO TERCERO.

---

Salon de baile en casa de la duquesa del Cerro. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE y EL VIZCONDE.

DUQUE. ¡Chico, á mí me ha sorprendido!

VIZCONDE. ¡Si nadie lo sospechaba!

DUQUE. Y siento lo que ha pasado.

VIZCONDE. Yo tambien, porque se trata de un muchacho á quien aprecio: pero Vivar... no me extraña su conducta.

DUQUE. A mí tampoco.

¡Es una horrible desgracia vivir sin clase, sin nombre!... ¡Pobre Cifuentes!

VIZCONDE. ¡Es lástima!

DUQUE. A mí lo que más me apena y más affige, es que Ana se case con ese conde.

VIZCONDE. Es una cosa insensata,

DUQUE. ¡Una muchacha tan rica, y tan discreta y tan guapa, ir á unirse con un hombre!...

VIZCONDE. Es una boda de tantas... Él y el Marques son amigos desde la más tierna infancia,

y como los de Vivar  
pasan muchas temporadas  
en París, en donde vive  
el conde, quedó arreglada  
la tal union...

DUQUE. Pero ella  
tal vez entónces amaba  
á Cifuentes.

VIZCONDE. Es posible.  
Pero chico, ¡qué caramba!  
¡Cómo decir á su padre?...  
Es verdad que la idolatra,  
pero hay cosas!...

DUQUE. ¡Ya lo creo!  
A mí el conde no me agrada;  
verdad que yo no le trato:  
hoy le presentan en casa...

VIZCONDE. ¡Ha venido de la quinta...?

DUQUE. No sé, pero le aguardaba...  
Tambien su conducta en eso...

VIZCONDE. ¡Quiere á Tomás!...

DUQUE. ¡Buena alhaja!  
¡Dignos el uno del otro!

VIZCONDE. (Viendo al marqués y á Ana.)  
¡Chist!

DUQUE. ¡Qué afligida y qué pálida!

## ESCENA II.

DICHOS, ANA, EL MARQUÉS, *por el foro.*

VIZCONDE. ¡Marquesa! ¡Marqués!

MARQUÉS. ¡Señores!...  
¡qué hacemos aquí? ¿Se charla?  
¿Y el baile?

VIZCONDE. Vamos al punto.

DUQUE. Usted, marquesa, ¿no baila?

ANA. Todavía no : me siento  
algun tanto molestada.  
(Se oye á lo léjos el prelude de un rigodon.)

VIZCONDE. El rigodon: yo me voy,  
que mi pareja me aguarda.

DUQUE. Tambien me aguarda la mia.  
MARQUÉS. ¡Ah! Pues señores, en marcha:  
hay que aprovechar el tiempo  
ántes que lleguen las canas.  
DUQUE. ¿Quisiera usted concederme  
el otro rigodon?  
MARQUÉS. Vaya  
¿por qué no?  
ANA. Con muho gusto.  
DUQUE. Si está usted más aliviada...  
MARQUÉS. Sí.  
DUQUE. Hasta luégo.  
MARQUÉS. Señores...  
VIZCONDE. Se conoce que le ama. (Al Duque.)

### ESCENA III.

ANA, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. ¡Todos se fijan en tí,  
y para estar como estás,  
hubiera valido más  
que no vinieses aquí!  
Ten más prudencia, hija mia,  
y comprende que con esto...  
ANA. Perdona si te molesto:  
hoy es el último dia...  
MARQUÉS. ¡Cómo!  
ANA. ¡El último!  
MARQUÉS. ¿Ya empiezas?  
¿Qué es lo que quieres decir?  
ANA. Que no volveré á salir.  
MARQUÉS. ¡Ana, basta de simplezas!  
ANA. ¡Simplezas!...  
MARQUÉS. ¡Tu posicion  
y su posicion comprende!  
ANA. ¿Ignoras tú que no entiende  
de clases el corazon?  
MARQUÉS. Mira, dejemos de hablar  
de estas cosas, y evitemos

- que se fijen.
- ANA. Callaremos:  
¡mas no me cura el callar!
- MARQUÉS. Pero mujer, ¿es posible  
que despues de haber sabido?...  
ANA. Papá, si yo nada pido;  
si sé que nada es posible.
- MARQUÉS. Entónces ¡á qué pensar  
en ese amor que te ultraja,  
que te humilla y te rebaja?  
ANA. ¡Por qué me ha de rebajar?  
¡qué culpa puede tener?...  
MARQUÉS. Eso ya está discutido.
- ANA. Si despues de haberme oido  
sientes lo que hiciste ayer;  
si puestos en parangon  
el pobre pintor y el conde,  
ya, papá, no se te esconde  
cual es más gran corazon.  
De una manera afrentosa  
se ha visto por tí arrojado  
de la casa .. y resignado...
- MARQUÉS. Mira, hablemos de otra cosa.  
Si tú misma has comprendido  
lo imposible de ese amor,  
¿no fuera mucho mejor  
dar lo pasado al olvido?  
ANA. Nunca.
- MARQUÉS. Yo transigiria  
por tu bien, áun cuando fuera  
no un buen pintor... un cualquiera,  
¡mas un!... ¡comprende, hija mia!...  
Él no es culpable; es verdad,  
pero me juzgo impotente  
para luchar frente á frente  
con la buena sociedad.  
¡Oh! ¡si á lo ménos hubiese  
una esperanza siquiera!...  
ANA. ¡Ah!
- MARQUÉS. Si su padre viviera  
y al fin le reconociese,

yo, que te he visto llorar  
con tan intensa amargura...  
pero esto es una locura  
en la que no hay que pensar.

ANA.

¡Todo para mí acabó:  
esperanzas, ilusiones,  
y placeres y afecciones!

MARQUÉS.

¡Qué! ¡Ya no soy nada yo!

ANA.

¡Es tan grande mi tormento,  
sufro tanto, padre mio,  
que sólo anhelo y ansío,  
la soledad de un convento!

MARQUÉS.

¡Ana! ¡Tú me dejarás  
en aislamiento profundo?  
¡Tú, mi esperanza en el mundo!  
¡Mi apoyo! ¡Mi bien?... ¡Jamás!

ANA.

¡Si yo no puedo vivir  
sin su amor!

MARQUÉS.

¡Hija del alma!

Es preciso tener calma:  
¡nacemos para sufrir!  
Bah, niña, juicio ten:  
no te entregues al dolor,  
ese es tu primer amor...

ANA.

¡Ay! El último también.  
¡Es tan bueno, tan honrado!...

MARQUÉS.

Sí, mujer, tienes razón,  
y yo deploro mi acción  
de ayer.

ANA.

¡Es tan desgraciado!

MARQUÉS.

Es preciso dominar  
ese amor.

ANA.

¡Papá... no puedo!

MARQUÉS.

¡Intentas meterme miedo!

ANA.

¡Ay! ¡No le podré olvidar!

MARQUÉS.

Vaya, hablemos de otra cosa,  
y piensa en que yo te quiero  
con delirio, y lo primero  
para mí, es verte dichosa.

ANA.

¡Qué bueno eres, papá!

MARQUÉS.

Venme con mimos ahora:

¡mire usted la adúladora!  
Pero calla, que aquí está  
el duque.

#### ESCENA IV.

DICHOS, EL DUQUE.

- DUQUE. Llegó el momento:  
y si ya está usted mejor...  
(Se oye de nuevo el preludio de un rigodon.)
- MARQUÉS. Pues no ha de estar... sí señor.  
(¡Pobre niña!)
- ANA. ¡Qué tormento!...
- MARQUÉS. Vaya, á cumplir lo ofrecido...  
(Quién se pudo imaginar...)
- DUQUE. Nada, á bailar, á bailar,  
que para eso has venido.
- ANA. Vamos, ¿me esperas aquí?
- MARQUÉS. Bien; como te plazca: espero.
- DUQUE. Si he de molestar, no quiero.
- ANA. ¡Por qué lo cree usted así?
- MARQUÉS. Vaya, perdiéndose está  
la música y...
- DUQUE. Marqués,  
hasta luégo.
- MARQUÉS. Hasta despues.
- ANA. (Y Fernando no vendrá.)  
(Vánse foro izquierda.)

#### ESCENA V.

MARQUÉS.

¡Pobre niña, cuánto sufre!  
¿Si lo que sospecho fuese  
verdad? ¿Si el de Vallefrio?...  
No puedo hacer que se aleje,  
que me abandone una idea  
que anoche brotó en mi mente  
y que me ha robado el sueño.

Sólo de este modo tiene  
una explicacion sensata  
todo lo que aquí sucede;  
y la conducta del conde  
en lo de Ornedo, le ofrece  
muy ancha base á mis dudas.  
Veremos á ver si puede  
la duquesa... tal vez sabe...  
¿Pero si en todo no hubiese  
más que sospechas?... Permíto  
esa union... No... Mas... Cifuentes.

(Viendo á Fernando, que seguido de Juan, apa  
rece por el foro derecha.)

¡Demonio!... No me esperaba  
hallarle aquí. No conviene  
que se hablen... evitemos  
el murmurar de las gentes.  
(Váse foro izquierda.)

## ESCENA VI.

FERNANDO y JUAN.

FERNANDO. ¡Ya lo ves: huyen de mí!

JUAN. ¡El marqués!

FERNANDO. Por donde paso  
siembro la deshonra: ¡caso  
me arrojen tambien de aquí!

JUAN. ¡Qué insensata obstinacion  
la tuya! ¡Por qué has venido?

FERNANDO. Juan, porque aquí me han traído  
mi venganza y mi pasion.

JUAN. ¡Tu venganza!... Considera  
que...

FERNANDO. Basta: todo es en vano.  
Obligaré á ese villano  
á que me mate, ó que muera.

JUAN. ¡Si no se quiere batir!  
¡Si ha rechazado tu reto!...

FERNANDO. ¡Qué importa? Yo te prometo  
que le obligaré á reñir.

Puesto que la humanidad  
es injusta y es cruel,  
deja que me vengue en él  
de toda la sociedad.  
Ya estoy harto de sufrir,  
Juan, muy harto, no te asombre,  
y pues no hace falta nombre  
para matar ó morir,  
nada te debe extrañar  
mi conducta: ¡me aprovecho  
de este salvaje derecho  
que no me pueden quitar!  
¡Por una equivocacion,  
ó lamentable descuido,  
siendo quien soy he nacido  
con alma y con corazon;  
y me ha dado por amar  
todo lo hermoso y lo bueno!  
¡Basta!

JUAN.

FERNANDO.

¡En un monton de cieno  
puede una rosa brotar!

JUAN.

FERNANDO.

¡Quieres callar?

En rigor  
(esto lo sabe cualquiera),  
el deshonor no debiera  
amar más que al deshonor.  
¿No es esto evidente, Juan?  
La lógica lo aconseja:  
cada cual con su pareja,  
como dice aquel refran.  
El vicio ultrajó á mi madre;  
yo por el vicio he nacido,  
y siempre le he aborrecido  
¡sin pensar en que es mi padre!  
Procedo mal, ya lo sé:  
siendo buen hijo, debia  
amarle, pero, á fe mia,  
que ni puedo, ni podré.  
Y hay otro absurdo mayor:  
siendo un hombre deshonorado,  
me lastiman demasiado

- JUAN. los ultrajes á mi honor!  
¡Por Cristo! deja ese acento  
que me está oprimiendo el alma:  
ten resignacion; ten calma:  
¿para que sirve el talento?
- FERNANDO. La pregunta es oportuna:  
¿para qué me ha de servir?...  
claro está: ¡para medir  
lo inmenso de mi fortuna!  
Vamos de aquí.
- JUAN. No me voy.  
FERNANDO. Te dije á lo que he venido;  
he tomado mi partido,  
y á todo dispuesto estoy.
- JUAN. ¿Y aquí te propones?...  
FERNANDO. Sí.
- JUAN. Pero chico, ten presente  
que los duques...
- FERNANDO. Solamente  
puedo conseguirlo aquí.
- JUAN. Sí, pero se ofenderán  
al ver que das ese paso  
en su casa, y... pues... acaso...
- FERNANDO. (Con amargura.) ¿A la calle me echarán?  
¡Eso ya no me hace mella,  
porque estoy acostumbrado:  
despues de lo que ha pasado  
ayer delante de ella!...
- JUAN. Pero...
- FERNANDO. No hay que discutir  
lo que ya resuelto tengo.
- JUAN. Medita, Fernando...
- FERNANDO. Vengo,  
Juan, á matar ó morir.
- JUAN. ¿Y si no viene?
- FERNANDO. ¡Vendrá;  
en un baile tan notable!...  
Y esta carta miserable... (La busca.)  
pero cielos, ¿dónde está?  
¿La tienes acaso?
- JUAN. ¡No!...

FERNANDO. ¡Chico, á mí no me la has dado!  
¡Dios mio! ¡La habré dejado  
olvidada en casa? ¡oh!  
¡mi madre!

JUAN. ¡Si llega á ver  
la carta! ¡Vaya un olvido!

FERNANDO. Yo que ocultar he querido...

JUAN. Bueno ¡y qué vamos á hacer?  
Es necesario evitarla  
el disgusto, si aún es hora,  
porque la pobre señora...  
vamos, vamos á buscarla.  
Algun conocido habrá  
que quiera darnos su coche...  
aún queda bastante noche,  
y en volviendo, se verá...

FERNANDO. Bien: vé tú á buscarla.

JUAN. ¡Yo!

FERNANDO. Te lo ruego.

JUAN. No podré  
encontrarla, ¡yo qué sé  
en dónde se te quedó?  
Vamos los dos y será  
más fácil y más sencillo...

FERNANDO. Vé tu sólo: en el bolsillo  
de mi levita estará.

JUAN. Hombre, yo dispuesto estoy,  
pero lo más conveniente...

FERNANDO. Si no quieres ir, corriente,  
no vayas, mas yo no voy.

JUAN. Pero...

FERNANDO. Ya tengo formada  
mi resolucion: no cedo.

JUAN. ¡Advierte!...

FERNANDO. No retrocedo,  
ni por nadie ni por nada.  
Si tú lo quieres hacer,  
bueno; si no... como quieras,  
porque de todas maneras  
mi madre lo ha de saber.

JUAN. ¡Con que tú no vienes?

FERNANDO.

No.

JUAN.

¡Diablo! ¡Estás desconocido!...  
¡Jamás hubiera creído!...  
Pero en fin, bueno... iré yo.  
(Solo nada he de evitar.  
Ese hombre todavía  
no ha venido, y aún podría...)  
¿Me esperas?

FERNANDO.

¿No he de esperar?

(Váse Juan, foro derecha).

## ESCENA VII.

FERNANDO.

*Se oyen confusos ese alegre rumor de los bailes y los ecos de la orquesta.*

¡Qué bullicio, qué alegría!  
¡Cuánta luz, cuánta hermosura!  
¡Con qué limpidez fulgura  
la brillante pedrería!...  
¡Entre aromas y armonía  
y celestes resplandores,  
el ángel de los amores,  
en esas mágicas salas,  
extiende sus níveas alas  
sobre diamantes y flores!  
¡Todo es esplendente allí  
y todo á gozar convida!  
¡Allí la luz y la vida!  
¡La sombra y la muerte aquí!  
¡Loco, insensato de mí!  
¡Cuando en mi amoroso anhelo  
intento elevar el vuelo  
á ese mundo que me asombra,  
soy el ángel de la sombra  
en los umbrales del cielo!  
¡Ana, radiante vision,  
flor de purísima esencia,  
que perfumó mi existencia

embriagando el corazon ;  
el fuego de esta pasion  
que deslumbra, que fascina,  
que alma y cerebro calcina,  
es, por mi triste fortuna  
rayo de plácida luna  
que un hondo abismo ilumina!  
Pero, ¿por qué blasfemar?  
Si del infierno he surgido,  
¿por qué mi origen olvido  
y á un ángel pretendo amar?  
¿Por qué sueño con salvar,  
yendo de su huella en pos,  
la valla que entre los dos  
el Eterno ha levantado?  
¿Si por Dios le está vedado  
á Luzbel amar á Dios!  
¡Atrás, esperanza mia;  
morid, locas ilusiones,  
desapareced, visiones  
de mi ardiente fantasía.  
Amor, belleza, poesía  
no festoneis mi camino:  
¡dejad que este peregrino,  
sin esperanzas, ni amor,  
afronte sólo el rigor  
de su implacable destino!  
¡Busquemos á ese hombre!  
(Va á salir y ve á Ana.) ¡Oh!

### ESCENA VIII.

FERNANDO, ANA.

ANA. (¡No está!...) ¡Papá!...  
(Viendo á Fernando.) ¡Ay!

FERNANDO. ¡Dios mio!  
No puedo .. mas...  
(Se dirige hácia el foro.)

ANA. ¡Qué desvío!  
¡Huye usted de mí?

FERNANDO.

¡Quién! ¡yo?

(Después de un momento de lucha.)

Si señora.

ANA.

Por piedad...

FERNANDO.

No debe usted ni mirarme...

ANA.

¿Qué hice yo para tratarme  
con tan injusta crueldad?

No tiene usted corazón.

FERNANDO.

Si alguno me ve á su lado...  
hablarla... ¿Usted ha olvidado  
mi villana condición?

ANA.

¿Y qué me puede importar  
lo que murmure esa necia  
sociedad?

FERNANDO.

¿No me desprecia  
usted? (Con profunda alegría.)

ANA.

¿Lo pudo pensar?  
¿y usted ha dado cabida  
á tan bajo pensamiento?

FERNANDO.

¡Oh! por fin tengo un momento  
feliz en toda mi vida.

ANA.

Cese este duelo profundo;  
acabe tanta amargura:  
vale más nuestra ventura  
que las miserias del mundo.

FERNANDO.

¿Cómo! (Adivinando.)

ANA.

Sí. (Bajando los ojos.)

FERNANDO.

Nunca podré...

ANA.

Fernando, sí, yo lo quiero.

FERNANDO.

¡Nunca, marquesa: primero  
la vida me arrancaré!

¡Unirse á mí, ser mi esposa,  
venir conmigo al altar!...

¡No, yo no puedo manchar  
una frente tan hermosa!

ANA.

¡Pero Dios mío!

FERNANDO.

(Con una energía que revela lo terrible de  
lucha interior que sostiene.)

No, no...

Usted sus pesares vengza,  
y deje que mi vengüenza

muera, cuando muera yo.  
Con mi oprobio y mi tormento  
para una tierra lejana  
saldré mañana.

ANA. Mañana  
entraré yo en un convento.

FERNANDO. ¿Usted?

ANA. Sí.

FERNANDO. ¡No!

ANA. Sí lo haré.

FERNANDO. Cásese usted y...

ANA. ¡Casarme!...

¡Usted puede abandonarme,  
pero no me insulte usted!

¡Usted no quiere aceptar  
mi mano!...

FERNANDO. (Con amarga desesperacion.)

¡Si es que no puedo,  
señorita!

ANA. (Sollozando.) Pues bien, cedo,  
y se puede usted marchar...

FERNANDO. ¿Hay destino más cruel?

¿Suplicio más espantoso?

ANA. ¡Ay! el cielo es bondadoso  
y muy pronto estaré en él.

FERNANDO. Al separarnos los dos,  
Dios hará lo que le pide  
mi alma: que usted me olvide.  
Sí, marquesa; espero en Dios.

ANA. ¡Ay!

FERNANDO. Usted me olvidará;  
yo para siempre me voy,  
y lo que siente usted hoy  
mañana lo aplaudirá;  
agradeciendo que yo  
haya evitado un enlace,  
que si hoy la satisface,  
mañana...

ESCENA IX.

DICHOS: EL CONDE, TOMÁS, EDUARDO *por el foro izquierda.*

CONDE. ¡Marquesa!  
FERNANDO. ¡Ah!  
ANA. (¡Este hombre aborrecido!)  
CONDE. ¡Me quiere usted conceder este vals?  
ANA. No puede ser:  
le tengo ya concedido,  
señor conde.  
CONDE. Bien está.  
ANA. Vamos. (A Fernando.)  
FERNANDO. Pronto nos veremos.  
ANA. ¡Qué es eso?  
FERNANDO. ¡Nada!  
ANA. Marchemos.  
(Vánse foro izquierdo cogidos del brazo.)  
CONDE. ¡Esto es demasiado ya!

ESCENA X.

EL CONDE, TOMÁS, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Es una cosa inaudita!  
CONDE. ¡Al fin y al cabo tendré  
que aplastar á ese mocito!  
TOMÁS. ¡Te vas á batir con él?  
La mejor de las venganzas  
ya la realizaste ayer.  
¡Le ha mandado sus padrinos!  
EDUARDO. ¡Vaya una desfachatez!  
TOMÁS. Bajábamos de la fonda  
para marcharnos á ver  
á mi tío, y les hallamos,  
y el conde con un desden  
superior á cuanto diga,  
les oye, vuelve otra vez

á subir, y escribe al mozo  
una carta.

(Aparece en el foro Fernando é inmediatamente despues el duque y el vizconde.)

EDUARDO. Bueno... ¿y qué  
decia?

CONDE. Yo no recuerdo.

EDUARDO. ¿Tú tampoco?

TOMÁS. Yo podré  
decir la sustancia.

EDUARDO. ¡Es lástima!

FERNANDO. (Adelantando.)

No hay que afligirse... la sé  
yo, si el conde la ha olvidado;  
por lo tanto escuche usted.

## ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDO, DUQUE, VIZCONDE.

CONDE. ¡Oh!

TOMÁS. Ten calma. (Al conde.)

FERNANDO. Dice así,  
la tal carta: " Señor mio,  
sólo acepto un desafío  
de un hombre digno de mí.  
Yo no peço de exigente;  
me basta con que el que venga  
á provocarme á mí, tenga  
un apellido decente.  
Con esto le considero,  
para los lances de honor,  
tan noble como el mejor;  
así, buen amigo, espero  
que usted llene ese vacío  
para hacerle la merced  
de matarle: busque usted.  
—El conde de Vallefrio."  
¿No es esta la carta?

CONDE. Sí.

FERNANDO. Pues bien; para complemento

referiré en un momento  
lo que ha sucedido aquí.  
Empiezo por declarar  
que en la deshonra he nacido,  
y que el conde me ha pedido  
lo que no puedo encontrar.  
Hecha tal declaracion  
como cumple á un hombre honrado...  
¡Me parece que ha extrañado  
un poco mi locucion!

DUQUE.

(Con afecto.) ¡Cifuentes!

FERNANDO.

Es natural.

Si yo mismo lo comprendo:  
¡ser honrado, no teniendo  
honra, se explica muy mal!  
¡HONOR SIN HONRA! hé ahí  
un absurdo harto evidente,  
que está en el caso presente  
personificado en mí.

Pero voy á la cuestion.

Indignamente insultado  
he sido, y he reclamado  
la justa reparacion.

¡El conde aprecia su honra  
de un modo muy singular!

¡No le deshonra insultar  
y batirse le deshonra!

¡Ya basta!

CONDE.

FERNANDO.

Piensa que yo

debo sufrir y callarme:

¡Le sirvo para ultrajarme  
y para matarme no!

Señores, este sistema  
es cómodo, á no dudar.

¡Por Dios!...

CONDE.

FERNANDO.

(Con una calma terrible.) Voy á terminar:  
más flema, conde, más flema.

Verdad es que yo nací  
en una esfera tan baja,  
que cualquiera se rebaja  
poniéndose frente á mí.

- VIZCONDE. ¡Eso no!  
FERNANDO. Sí tal, vizconde.  
DUQUE. ¡Oh! ¡De ninguna manera!  
FERNANDO. ¡Sí, señor duque; cualquiera,  
cualquiera... ménos el conde!  
CONDE. ¡Oh!  
TOMÁS. ¿Qué dice?  
FERNANDO. La verdad.  
TOMÁS. ¡Mal va esto! (Al vizconde.)  
VIZCONDE. ¡Sí por Dios!  
FERNANDO. ¡Hay entre nosotros dos  
una completa igualdad!  
Esto, que no se concibe,  
y para mí es importante,  
me lo ha dicho el elegante  
papel en que usted escribe.  
Sí: con suprema alegría  
he visto grabado en él,  
nobiliario cuartel  
con barra de bastardía.  
CONDE. ¡Y usted se atreve...!  
FERNANDO. ¡A pensar  
que quien de bastardos viene,  
señor conde, nunca tiene  
razon para despreciar!  
TOMÁS. ¡Mas los bastardos reales...!  
FERNANDO. Al cabo bastardos son,  
y si deshonra y baldon  
halla el hijo en casos tales,  
ser hijo de un menestral  
ó serlo de un...Cárlos quinto;  
¡el padre será distinto,  
pero la deshonra igual!  
CONDE. Calle usted, ó vive Dios...  
FERNANDO. Me parece que podemos  
batirnos. pues descendemos  
de igual infamia los dos.  
CONDE. Miserable... (Va arrojarle sobre él.)  
DUQUE. (Sujetándole la mano.) ¡Señor conde!  
FERNANDO. ¡Ah!  
CONDE. Suelte usted esa mano,

que al insulto de un villano  
con la mano se responde.

FERNANDO. Suéltela usted sin temor,  
que al hacerlo nada arrostro,  
pues para herirme en el rostro  
le falta al conde valor.

CONDE. ¡Usted se empeña en morir!  
pues bien, morirá.

FERNANDO. En buen hora.

CONDE. Vamos.

VIZCONDE. Señores, ahora...

CONDE. Es forzoso concluir.  
El día rayando está,  
la gente se va marchando,  
la alameda está esperando,  
y usted (Al duque.) pistolas tendrá.

FERNANDO. ¡Gracias á Dios!

CONDE. ¡Ay de tí!

Dos de ustedes, por favor,  
apadrinen al señor  
siquiera en obsequio á mí.

FERNANDO. ¿Otro insulto?

VIZCONDE. Yo lo haré.

DUQUE. Yo también estoy dispuesto.

FERNANDO. Gracias.

TOMÁS. Pero...

CONDE. Vamos presto.

FERNANDO. ¡Sí, vamos!

CONDE. (A Tomás.) Le mataré.

## ESCENA XII.

MARQUÉS, DOÑA DOLORES. (*Foro derecha.*)

MARQUÉS. Al fin les han visto juntos  
y las hablillas comienzan:  
vamos á pedir el coche,  
y como mañana pueda...

DOLORES. ¡Ah, señor marqués!

MARQUÉS. ¡Señora!

¡Usted aquí!

- DOLORÉS. Mi impaciencia  
calme usted.
- MARQUÉS. ¿Pero qué pasa?
- DOLORÉS. Dígame usted si se encuentra  
aquí Cifuentes... mi hijo.  
Ya es inútil la reserva.
- MARQUÉS. Pienso que sí, ¿mas qué ocurre?  
¿Está usted pálida, inquieta!
- DOLORÉS. Lléveme usted en su busca.
- MARQUÉS. Señora... yo bien quisiera,  
pero...
- DOLORÉS. ¿Ha tenido algun lance?
- MARQUÉS. ¿Algun lance?
- DOLORÉS. Sí. ¿Se encuentra  
aquí tambien Vallefrio?  
Consiga usted que le vea;  
desde ayer lo intento en vano.
- MARQUÉS. Domine usted su impaciencia  
y explique... (No, ya no hay duda.)

### ESCENA XIII.

DICHOS y JUAN.

- DOLORÉS. Díme, Juan, ¿en dónde dejas  
á Fernando?... ¿No se han visto?
- JUAN. ¿No lo creol...
- DOLORÉS. Tal respuesta...  
¿de dónde vienes?
- JUAN. De casa,  
fuí...
- DOLORÉS. Bueno... basta, y contesta  
á mis preguntas.
- MARQUÉS. (¿Qué es esto?)
- DOLORÉS. ¿Antes de que tú te fueras  
se vieron?
- JUAN. No.
- DOLORÉS. Pues busquemos,  
busquemos, que si se llegan  
á ver... ¡Dios mio!

ESCENA XIV.

DICHOS: ANA *precipitadamente por el foro.*

ANA. Papá...  
MARQUÉS. ¿Qué te sucede? responde.  
ANA. Allí.. Cifuentes y el conde...  
MARQUÉS. ¡Acaba!  
DOLORES. ¡Acabe usted!  
ANA. ¡Ah!  
Corramos por compasion,  
que usted lo podrá impedir.  
DOLORES. ¿Pero el qué?  
ANA. Se va á batir.  
JUAN. } ¡Ah!  
MARQUÉS. }  
DOLORES. Corramos.

(Salen todos, y al ir á salir Doña Dolores suena un tiro.)

(Retrocede.) ¡Maldicion!...

ESCENA XV.

DOLORES.

Un tiro, no puede ser...  
Pero ¿por qué retrocedo?  
¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!  
¡Dios mio! ¡Qué voy á ver!...  
¡Quién parricida será!...  
¡Oh! ¡Qué duda tan horrible!...  
¡Pero no... si no es posible,  
no... vamos... vamos allá! (a.)

ESCENA XVI.

DOLORES, JUAN *precipitadamente por el foro.*

JUAN. Fué tarde.  
DOLORES. Juan, habla, dí,  
¿vive?  
JUAN. Sí.

- DOLOROS. ¡Gracias, Dios mio!  
¡Y el conde de Valle Frio?
- JUAN. ¡Ha muerto!
- DOLOROS. ¡Que ha muerto?
- JUAN. ¡Sí!
- DOLOROS. ¡Qué horror! ¡Dios mio! A su padre...
- JUAN. ¡Su padre? ¡Será posible?  
¡Qué castigo tan terrible!
- FERNANDO. (Dentro). ¡Madre!
- DOLOROS. ¡Desgraciado!
- FERNANDO. (Dentro). ¡Madre! ..  
¡A donde estás?
- DOLOROS. ¡Dios eterno!  
¡Oh! Que no sepa jamás... (A Juan).  
(Aparece Fernando seguido de Ana, el marqués y algunos otros; Dolores sale á su encuentro y le abraza.)
- DOLOROS. ¡Hijo!
- FERNANDO. ¡No! Yo no soy más  
que un aborto del infierno.  
¡Allí un muerto! ¡Aquí el terror!  
¡El llanto siempre conmigo!  
(Señalando á su madre).  
¡Padre! ¡Ven á ser testigo,  
á gozarte en mi dolor!
- DOLOROS. ¡Calla!
- ANA. ¡Fernando!
- FERNANDO. Por tí  
vivo sin paz ni consuelo...  
Por tí he matado... ¡Que el cielo  
nos perdone á tí y á mí!... (1)
- (Cae sollozando en los brazos de su madre, y todos le rodean con interes, marcándose éste principalmente por parte del marqués y de Ana.)

## FIN DEL DRAMA.

---

(1) Razones especiales me decidieron á cambiar el final de esta obra, veinte y cuatro horas ántes de su primera representacion. Tal y como se puso en es cena en Madrid está impresa; pero con el objeto de que aparez-

ca como la imaginé y escribí, coloco á continuacion el primitivo final, dejando á los primeros actores en completa libertad de escoger el que más les plazca; pues en mi pobre opinion, con cualquiera de ellos está desarrollado mi pensamiento. Los que opten por éste que al pié de la nota imprimo, pasarán desde el final de la escena 15, señalado con una (a), á la escena 16 (bis), siguiendo ya desde ésta hasta la segunda conclusion.

ESCENA XVI (bis).

DOÑA DOLORES, EL CONDE, EL DUQUE  
y EL MARQUÉS.

(Al ir á salir Doña Dolores aparece en el foro el conde apoyado en el marqués y el duque.)

DOLORES. ¡El conde!... ¡Cielos!... ¡Herido!...

MARQUÉS. ¡Ah! ¡Señora, casi muerto!

DOLORES. ¡Por su hijo!

DUQUE. ¡Oh!

MARQUÉS. ¡Era cierto!

(El conde, haciendo un esfuerzo supremo, se desprende de los brazos del marqués y el duque, y exclama mirando á todas partes.)

CONDE. ¡Qué dice!... ¡Quién ha podido!

(De pronto mira en Doña Dolores, la contempla fijamente; aparenta evocar sus recuerdos y da un grito.)

¡¡Ah!! ¡¡Dolores!! ¡Es él?... ¡Dí!

(Doña Dolores baja la cabeza.)

¡Oh qué terrible castigo!

Le perdono y le bendigo.

(Al marqués en tono de súplica.)

Sea usted su padre... ¡Ay de mí! (Caen.)

DOLORES. ¡Qué horror!

FERNANDO. (Dentro.) ¡Madre!

(Al oír la voz de Fernando el conde pretende incorporarse y hablar, pero cae muerto.)

DOLORES. ¡Dios eterno!

(Al duque y al marqués.)

¡Oh! ¡Que no sepa jamás!...

(Aparece Fernando en el foro seguido de Ana, Juan y algunos otros. Al ver el cadáver del conde retrocede.)

¡Hijo!

FERNANDO. No: yo no soy más  
que un aborto del infierno:  
allí un muerto; aquí el terror.

(Señalando á su madre.)

¡El llanto siempre conmigo!

¡Padre, ven á ser testigo,

á gozarte en mi dolor!

DOLORRES. ¡Calla!

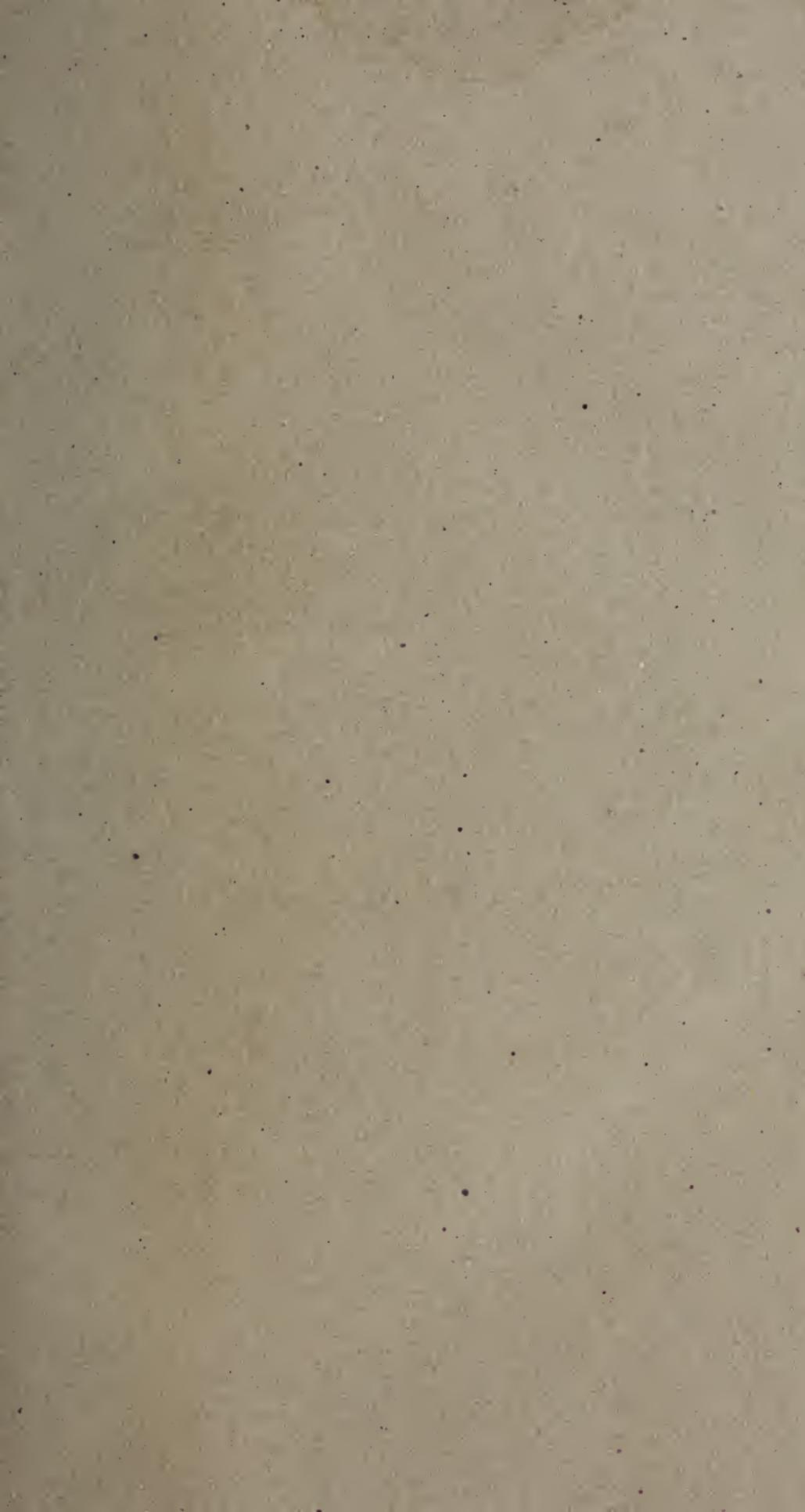
ANA. ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Por tí

vivo sin paz ni consuelo,  
por tí he matado! ¡Que el cielo  
nos perdone á tí y á mi!

(Cae sollozando en brazos de su madre y todos  
le rodean con interes, marcándose este prin-  
cipalmente por parte del marqués y de Ana.

FIN DEL DRAMA.



# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

## PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.